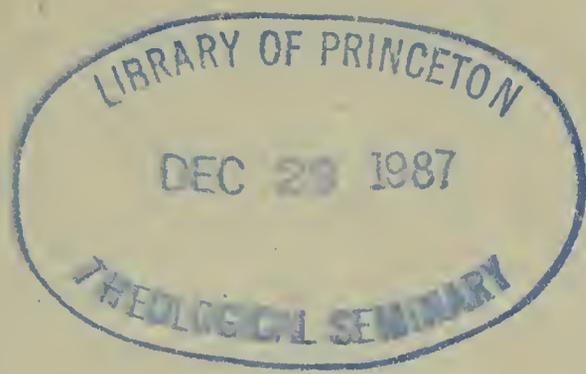


Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios5551unse>

LVI



**JUNIO
1937**

ESTUDIOS

55

“NOTAS EDITORIALES”:

“El valor de nuestra moneda y el alza de los precios”	2
“LA VIDA Y LA PERSONALIDAD DE PIO XI”, por Carlos Silva Vildósola	4
“PORTALES”, por Mario Góngora	13
“EL MILAGRO DEL GIOTTO”, por el Profesor Eduardo Bizarri	20
“EL PROBLEMA DEL BACHILLERATO”, por Manuel Espíndola	32
“DESCARTES PROYECTADO EN EL TIEMPO”, por Armando Roa	36
“CONTRADICCIONES QUE SON SINTOMAS”. “Al margen de la política monetaria francesa”, por Julio Philippi	46
“EL PROBLEMA ECONOMICO CHILENO Y LA OPINION DE LOS TECNICOS”:	
Del Profesor Don Tomás Eduardo Rodríguez	50
Del Profesor Don Egidio Poblete	53
De Don Carlos Keller	55

“EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO”:

“Maritain y el pueblo”	58
“Arthur Lourié y la melodía”	63

“HECHOS DEL EXTRANJERO”:

“Acción anti-religiosa en Rusia”	68
“El “caso” Ludendorf”	69

“NOTAS BIBLIOGRAFICAS”:

“Indice de la poesía contemporánea argentina”, por José González Carvallo, P. 71. — “Las semanas del Jardín”, por José Gabriel, P. 71. — “Toda Raba”, por Nicolás Kazan, P. 72. — “La poesía lírica azteca”, por Angel M. Garibay, P. 72. — “Los conquistadores españoles”, por F. A. Kirkpatrick, P. 73.— “Los constructores de la Europa actual”, por el Conde Sforza, P. 73. — “El Renacimiento”, por Frantz Funck-Brentano, P. 74. — “Bolivarismo y Monroísmo”, por José Vasconcelos, P. 75.

NOTA EDITORIAL

El valor de nuestra moneda y el alza de los precios

CONTINUA preocupando vivamente la atención del público el problema del alza de los precios, acerca de cuyas causas y remedios mucho se debate en la prensa diaria.

Entre las numerosas opiniones emitidas nos parece digna de particular meditación la que dió a conocer el Doctor Hermann Max en una conferencia recientemente dictada en la Academia de Ciencias Económicas. La relevante preparación económica del Doctor Max y el contacto diario que con las cuestiones de esta índole le permite tener su cargo de Jefe de la Sección Estadística del Banco Central de Chile, dan a sus juicios una autoridad y relieve indiscutibles.

Para el Doctor Max la aguda crisis de alza de los precios es un fenómeno mundial de origen monetario. Aunque oficialmente no existe país alguno que aun mantenga el sistema del padrón de oro, numerosos Estados han vuelto en la práctica a ligar su moneda a este metal. Por el pacto monetario de Londres, de Septiembre del año pasado, diversas naciones europeas, y con ellas sus numerosas colonias, se han comprometido a mantener una relación determinada entre sus respectivas monedas, lo que, como decíamos, constituye de hecho un regreso al padrón de oro. De ahí que las variaciones experimentadas en el valor de este metal tengan que repercutir en el valor interno de las monedas nacionales. Ahora bien, se ha producido últimamente un aumento considerable en la producción del oro que ha debido traer, como era natural, una depreciación del mismo. El precio del metal oro, fijado en las monedas, ha resultado demasiado alto en relación con el valor del mismo metal. Se ha producido entonces un desequilibrio entre el precio del oro y su efectivo valor, desequilibrio que ha traído consigo una alza general de los precios.

El Doctor Max advierte que mientras mantengamos en Chile una relación fija e inalterable del peso con las monedas extranjeras ligadas al oro (dólar, libra esterlina), el alza de precios exterior tendrá que repercutir en el mercado interno. En consecuencia, no es posible neutralizar estos efectos sino prescindiendo de la indicada relación del peso con

la libra y el dólar. Una política de esta especie traería consigo la revalorización gradual y progresiva del peso, sin ninguno de los peligros que podría acarrear en la actualidad una deflación. Pero claro está que nada de esto podrá alcanzarse sin que se dote al Banco Central de la facultad de regular el mercado de divisas y sin que se evite desde luego dar un destino indebido a los créditos de esta institución. Porque es evidente que el Banco Central, como organismo encargado de regular el circulante, no puede otorgar sino créditos a corto plazo, ya que lo contrario significa provocar un incremento del medio circulante y con ello una desvalorización de la moneda. Entre los años 1925 y 1930, ha expresado hace poco el Presidente del Banco Central al Ministro de Hacienda, atendió el Banco las necesidades de la circulación con sumas inferiores a quinientos millones de pesos como medio circulante. Con este circulante se formó en aquella época el nivel general de los precios internos (valor de productos, sueldos, salarios, arrendamientos, etc.). Hoy hacemos la circulación con más o menos mil millones de pesos, de los cuales corresponden a créditos fiscales alrededor de ochocientos millones. Estas solas cifras explican suficientemente la desvalorización de nuestro peso, o sea, el alza del nivel de nuestros precios internos. Si, siguiendo por este camino, aumentamos el medio circulante inmovilizando otros quinientos o mil millones de pesos, habremos completado la obra absurda de desvalorar nuestra moneda”.

Vemos pues, en suma, que el alza general de los precios trae un origen monetario y que a las repercusiones externas que hoy debemos sufrir por esta causa se han venido a agregar motivos de orden interno que han agudizado aún más el problema.

“EL DIARIO ILUSTRADO”

Las mejores informaciones del país y del extranjero.

Su página de redacción no tiene competidor
en el país

Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas

Exija a los suplementeros “EL DIARIO ILUSTRADO”

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

La vida y la personalidad de Pío XI

De cada uno de los Pontífices que en majestuosa serie han desfilado en cerca de dos mil años por la Silla de San Pedro, hemos podido decir los católicos que parecía un hombre especialmente suscitado por Dios para las necesidades de la Iglesia y de la humanidad en esa hora precisa. A veces, interrumpida su labor por la muerte, solemos inquietarnos ingenuamente y pensamos si será posible que venga un continuador, y siempre ha renacido en nosotros la confianza en la promesa de la eterna asistencia y el Espíritu Santo nos ha dado el Papa providencial enviado para guiar a la Iglesia en las tempestades.

En la elección del Pontífice Romano por ese Colegio Cardenalicio, la más libre y realmente democrática de las asambleas, yerran todos los cálculos humanos. Los hombres llamados a designar al Vicario de Jesucristo, reunidos en el silencio y la oración, esperan que sople sobre sus almas el Espíritu como los Apóstoles en el día de Pentecostés.

Densamente turbios parecían los tiempos para el catolicismo cuando el cónclave de 1922 designaba al Cardenal Aquiles Ratti para suceder a Benedicto XV. Una revolución social, económica y política, en medio de la cual seguimos viviendo, había derribado monarquías milenarias, destruido los sistemas constitucionales que hicieron el orgullo del liberalismo del siglo XIX y desencadenado la más vasta y recia persecución contra el cristianismo que la historia ha conocido jamás, persecución aún más violenta que la del Imperio Romano. Parecían conjurarse todos los elementos del oriente y del occidente de Europa en un odio frenético contra el cristianismo que no habría de sentirse satisfecho mientras no lograra la destrucción absoluta de la Iglesia de Cristo por la violencia, por la negación de todos los derechos, por la obra llevada al mismo tiempo de frente en la legislación, en la enseñanza, en la ruina material de los templos y los esfuerzos para desarraigar la fe en las almas.

No tenía el nuevo Pontífice en su vida anterior ninguno de los caracteres usuales entre los que son llamados a ceñir la triple corona, la más terrible carga que Dios puede echar sobre los hombros débiles de un hombre. Cinco años antes de su elección y cuando ya había llegado a los sesenta de

edad, Monseñor Ratti no pertenecía ni al servicio diplomático de la Santa Sede, ni a las Sagradas Congregaciones que son como sus secretarías de Estado. Su nombre no se había oído entre los que el pueblo romano, siempre aficionado a esta clase de conjeturas, señala como posibles candidatos al capelo cardenalicio. Y solo en los cinco años que precedieron a su elección había cruzado con rapidez, como si la Providencia lo urgiera en el cumplimiento de su misión altísima, el campo de las más graves responsabilidades y de la actividad más intensa.

Monseñor Ratti había pasado su existencia en obras de silencioso y solícito apostolado entre los pobres y en el trabajo de las bibliotecas. Era todo un bibliógrafo, un erudito, un investigador de historia eclesiástica. Apenas terminados los estudios humanísticos en un Liceo y los universitarios en la Gregoriana de Roma, donde se graduó en Filosofía y Teología con gran aprovechamiento tanto que fué presentado al Santo Padre León XIII como uno de los alumnos más brillantes, el joven sacerdote Ratti había sido empleado primero y director después de la Biblioteca Ambrosiana de Milán cuyos tesoros buscan todos los investigadores del mundo. Sucesor de Monseñor Ceriani en la dirección de la Ambrosiana, pone orden en las colecciones, descubre en ellas nuevas riquezas de valor histórico, reforma la rutinaria organización secular, moderniza y restaura. Así encuentra nuevos documentos sobre la vida de San Carlos Borromeo y los entrega a la imprenta en un estudio eruditísimo; así descubre las cartas del Papa Pío II cuya publicación arroja nueva luz sobre las guerras entre Nápoles y el Pontificado. Monseñor Ratti llega a ser el amigo y consejero de los investigadores que desde las universidades de Europa recurren a la Ambrosiana. Los ayuda, los guía, contribuye a su labor con esfuerzo personal. Invitado a todos los congresos de bibliografía, recibe una ovación en el de Londres y un voto especial consagra la gratitud de los bibliógrafos e historiadores de toda Europa para el sabio y humilde director de la Ambrosiana.

En 1911, el célebre jesuíta Ehrle, ilustre director de la Biblioteca Vaticana que el Papa ha abierto ya a todos los investigadores y cuyos archivos han permitido rehacer muchos capítulos de historia, pide un adjunto que lo ayude en su vejez. El Santo Padre designa a Monseñor Ratti que luego, en 1914, le sucede en el cargo. La guerra mundial pasa sin perturbar al Director de la Biblioteca Vaticana en su obra científica. Prosigue con la acostumbrada tenacidad sus trabajos y continúa manteniendo en medio del fragor de la ba-

talla de los pueblos y los continentes las relaciones bibliográficas con todos los países.

En esta intensa vida de labor de la inteligencia, Monseñor Ratti no conoce sino un esparcimiento. Al llegar las vacaciones echa sobre sus hombros el saco del alpinista, calza las botas ferradas, coge el bastón y la picota y sube por las faldas de sus Alpes lombardos en busca de las altas cimas. No sabe hacer nada a medias. Pronto sus comunicaciones al Club Alpino se publican como contribuciones valiosas al estudio de esa región. Escala el Monte Rosa y descubre un nuevo paso para alcanzar la cima. Se advierte en sus escritos alpinistas que la ascensión de las montañas es para Monseñor Ratti como una grande y magnífica oración a Dios Creador, cuyas obras alaba en la majestad de los montes solitarios y la imponderable belleza de los panoramas, allí donde el hombre se reconoce pequeño y deleznable. Su alma se abre a la contemplación religiosa en las alturas, sintiéndose más cerca de lo infinito.

Nadie debió sorprenderse más que el propio Monseñor Ratti cuando el Papa Benedicto XV, gran juez de caracteres, lo arrancó a sus legajos de documentos históricos, en los cuales había puesto orden y desplegado un gran poder de organización, para enviarlo en una ardua y peligrosa misión a Polonia.

Terminaba la guerra mundial. El tratado de Brest-Litovsk había determinado la transferencia de ciertos territorios que antes formaron parte del Imperio Ruso; la operación debía llevarse a cabo en medio de obstáculos gravísimos, bajo el fuego del encono de razas enemigas, evocando problemas como la cuestión judía, el renacimiento de la Polonia, la creación de la Checoeslovaquia. Monseñor Ratti se condujo con extraordinaria sagacidad y rara prudencia. Su conocimiento de ocho o más lenguas europeas, entre ellas el alemán y el polaco, le permitían una inteligencia directa con los estadistas y los pueblos interesados en esta reconstrucción del mapa de la Europa oriental. Simple Delegado Apostólico, pronto fué el amigo de todos los hombres más eminentes de Polonia. Durante la invasión bolchevique, una de las más feroces de los últimos tiempos, fué el único diplomático que permaneció en Varsovia lo que le ganó la simpatía popular. Sin miedo ni jactancias desafió a los bárbaros, obtuvo la libertad de los prisioneros polacos y alemanes caídos en las manos implacables de los rusos; organizó campañas de socorro a las regiones devastadas por la invasión y recorrió personalmente montañas y estepas. La prensa europea comenzó a hablar de este Monseñor, de su valor personal, su

energía, su franqueza, sus métodos originales. Había en el Delegado Apostólico una mezcla del moderno diplomático con el apóstol caritativo.

Designado Nuncio, fué apresuradamente consagrado Obispo en Varsovia por su amigo el Cardenal polaco Monseñor Kakowski. Era menester darle esta nueva investidura porque debía tomar parte en la cuestión de la Silesia, la más enconada y dura de cuantas se suscitaron para la redistribución de las poblaciones. Criticado, amargamente censurado por volubles polacos que más tarde debían reconocer su enérgica imparcialidad, el Nuncio en Varsovia procedió con una intrépidez, profunda penetración de la esencia de los problemas, independencia de juicio y comprensión del espinoso litigio que se impusieron al respeto de todos y al aplauso de las cancillerías.

Había terminado la vida serena de estudio en la paz de las bibliotecas. Sin que Monseñor Ratti la buscara y acaso melancólicamente resignado a la voluntad de Dios, se abría ante él una carrera de altas responsabilidades. En 1921 era Cardenal Arzobispo de Milán, su tierra, puesto que había nacido en Desio cerca de la gran capital lombarda, y visto transcurrir los mejores años de su vida a la sombra del Duomo. Los grandes caracteres dan la impresión de que atraen los conflictos porque no los rehuyen, les salen al encuentro, aceptan el combate y buscan soluciones. Los comunistas encabezados por el famoso Malatesta estaban casi adueñados de Milán. Los mismos católicos sentían desfallecer sus energías y los había entre ellos quienes buscaban, en peligrosas falacias transacciones y acomodados. No así el Arzobispo de Milán que con valentía y entereza afrontó la lucha, la condujo con talento y vigorosos principios, aplicó sus dotes diplomáticas, y su virtud sacerdotal reorganizó las legiones católicas milanesas, las alejó de la lucha política y salvó una de las crisis más agudas que el catolicismo ha tenido en aquella ciudad.

Por esos misteriosos caminos había llevado la Providencia al virtuoso sacerdote designado en la mente divina para coger en horas de tormenta el timón de la barca de Pedro; con energías físicas robustecidas en rudos ejercicios de montaña; mantenido hasta los sesenta años en el apartamiento fecundo de las bibliotecas, en el comercio de las ciencias divinas y humanas, de la teología, la filosofía, la historia, la física, la sociología; con oportunidades y gusto de viajar mucho, aprender lenguas, conocer a pueblos diversos; puesto de súbito frente a una experiencia de negocios de Estado complejos y peligrosos y, por fin, en la administración de una gran arquidiócesis. Nunca se vió formación más perfecta de

Pontífice, de conductor de almas y de hombre de mundo, en que menos obraran consideraciones humanas y más fuerte y clara resplandeciera la voluntad divina.

El 6 de Febrero de 1922 las multitudes agrupadas como de costumbre en la Plaza de San Pedro en espera de los resultados del Cónclave vieron aparecer en el balcón de la Basílica la recia figura del nuevo Papa que alzaba la mano, repitiendo el gesto casi olvidado desde los tiempos de Pío IX, para bendecir a Roma y al mundo, y una aclamación como un trueno de alegría resonó en los espacios.

¡Qué Pontificado glorioso, fecundo, activo, de iniciativas atrevidas y restauración del mundo en Cristo se iniciaba aquel día!

Se han cumplido apenas quince años, un instante en la existencia milenaria de la Iglesia y un soplo sin medida en la eternidad de Dios. Su Santidad Pío XI ha removido todas las grandes cuestiones de su tiempo, ha fijado normas a la Iglesia conforme lo requería la edad que vivimos, ha fortalecido la autoridad del Pontificado en el mundo, ha extendido los dominios del catolicismo y dado nuevo vigor a sus instituciones.

Es difícil señalar en esta obra múltiple y de vasto desarrollo en todos sentidos cuál es la empresa de servicio de Dios y de la Iglesia que más caracteriza el Pontificado de Pío XI. Pero nos sentimos inclinados a señalar, porque ellos tocan la esencia misma de la Iglesia y su organización interna, los constantes esfuerzos para robustecer la unidad por medio de instrucciones y nuevas disciplinas que ligan a los Obispos aún más estrechamente con la Santa Sede, por obra de nuevas formas para poner a los seglares en la categoría de auxiliares directos de la jerarquía eclesiástica, y por la fijación precisa, clara, sin términos medios de la doctrina católica en todos los problemas fundamentales de la hora presente.

Nunca habían sido más activas las Congregaciones que vienen a ser en cierto los ministerios de la Iglesia. Sirviéndose de los medios modernos de comunicación que han acercado a Roma las más remotas diócesis y los más oscuros puestos avanzados de los misioneros, las Congregaciones han reforzado su acción y nunca ha sido más estrecha y constante, de espíritu y de efectivo trabajo la unión entre el Papa y los Obispos de todo el mundo.

De la misma manera y obedeciendo a una política de restablecimiento y consolidación de las relaciones entre la Santa Sede y los diversos poderes civiles de cualquiera naturaleza, católicos o de otra confesión, se ha hecho una la-

bor diplomática nunca superada en la historia del Pontificado. Pío XI es el Papa de los concordatos. No recordamos un antecesor que haya celebrado tantos y de tanta importancia. Pertenecen a este número los firmados con Lituania, Baviera, Polonia, Letonia, Checoslovaquia, Italia, Baden, Austria, Alemania, Prusia, Portugal y aún se debería añadir otros documentos y acuerdos de importancia como el que restableció con Francia las embajadas y reguló las asociaciones de cultura. Es obra del actual Pontífice la reanudación de las relaciones con Francia y el término de la dolorosa incertidumbre en que vivían los católicos de esa república divididos por cuestiones internas.

Pío XI sabe inspirar confianza en la rectitud de sus intenciones y su amor a los pueblos y a la paz universal aún a Gobiernos fundamentalmente hostiles a la Iglesia. Prueba con hechos la abstención de la Iglesia en las luchas políticas que no afectan la doctrina esencial. Mantiene al clero en esa línea de imparcialidad que debe conquistarle la fe de todos en su misión espiritual.

En los concordatos de Pío XI se establecen las libertades de que debe gozar la Iglesia para el ejercicio del culto y más aún para su misión docente, su magisterio de la enseñanza que es parte de su apostolado. Las instituciones religiosas quedan amparadas por el Estado. En algunos de estos concordatos se reconocen efectos civiles al matrimonio religioso. En otros ha sido abordada con franqueza la cuestión de la libertad de enseñanza. Naturalmente, las condiciones de cada documento varían en la forma y detalles para cada país.

Desde el comienzo de su Pontificado se preparaba la solución de la cuestión romana, que desde 1870 perturbaba la vida religiosa y política de Italia y dejaba pendiente un despojo hecho a la Santa Sede. En Febrero de 1929 el Cardenal Gasparri, secretario de Estado, anunciaba al mundo que el áspero entredicho había terminado y que un concordato determinaría las futuras relaciones entre la Santa Sede y el Reino de Italia. El Pontífice había mostrado en el curso de esta obra de apaciguamiento de las conciencias y restauración del derecho, gran talento, una nueva concepción del problema, el genio de las soluciones prácticas, desinterés para abandonar viejas posiciones intransigentes, siempre que ninguna doctrina estuviera comprometida en ellas, y suma habilidad para salvar los principios fundamentales, unidad de Italia y soberanía temporal pontificia, creando un nuevo orden de cosas de mutua cordialidad y armonía de intereses. Tuvo de su parte la buena disposición del señor

Mussolini y su autoridad puesta al servicio de la tradición italiana ligada indisolublemente al Pontificado. Pero si en algo pudieron los romanos aplicar a Pío XI el calificativo de intrépido que le dan popularmente, fué en esta vigorosa arremetida a un problema enojoso que a tantos pareció insoluble.

Valentía y franqueza son caracteres de los actos del Pontífice. No ha mucho, mientras lo creíamos gravemente enfermo y los corresponsales nos lo presentaban inválido sobre una silla de ruedas, atormentado por crueles dolores, de pronto habló el Papa sobre la situación de la Iglesia en Alemania, desafiando la omnipotencia de un gobierno poco dispuesto de ordinario a oír lecciones. Pareció al criterio puramente humano de la prensa de Europa que el documento pontificio atraería sobre la Iglesia los rayos del furor germánico. Pero el Papa sabía más que los corresponsales. Había llegado la hora de hablar sin reticencias y de afirmar derechos sagrados. No era una hora para bordar sobre el tapete diplomático un dibujo de transacciones y tímidos términos medios. La situación era y sigue siendo bastante grave para que se prefiera cualquiera violencia a la indecisión a cuya sombra proseguía su obra el neo-paganismo.

La labor de Pío XI para definir o mejor dicho reafirmar y explicar las doctrinas católicas frente a los grandes problemas de nuestro tiempo ha sido de una claridad y buen sentido propio de su genio. Así ha fijado los principios de la organización de la familia cristiana, condenando una vez más el divorcio y procurando restablecer la autoridad paterna y materna, tan debilitada por las nuevas costumbres, como base de la educación de los hijos. Ha proclamado los derechos de la Iglesia en la enseñanza, es decir, derecho a impartir su propia doctrina en plena libertad y a pedir que la religión forme parte de la educación pública. Ha continuado en una Encíclica de resonancia universal la obra magistral de León XIII y cuarenta años después de la "**Rerum Novarum**", la "**Quadragesimo Anno**" ha señalado las soluciones cristianas de los problemas sociales, ha condenado igualmente el socialismo y el liberalismo individualista, ha hecho el nuevo código del trabajo, del salario justo, de las luchas entre capital y trabajo, de las obligaciones de los patronos y de los obreros, la parte que el Estado puede y debe tomar para prevenir o resolver conflictos de este orden. Ha establecido no sólo en Encíclicas, sino en una serie de instrucciones, cartas y otros documentos las normas de los estudios científicos, profesionales, universitarios, ligando todas las universidades católicas a Roma y su inspiración directa, fijándoles reglas de doctrina y disciplinas prácticas.

Y no ha mucho, durante este largo período de enfermedad en que ya nos hemos convencido de que el Papa sufre, pero no se rinde, ha lanzado su formidable condenación del comunismo cuyos ecos recoge todavía la prensa del mundo y que es la más definitiva y precisa determinación de los caracteres de este movimiento revolucionario, la mayor de las herejías que en su larga carrera ha afrontado la Iglesia y acaso resumen de todas las que le han precedido. Pero sería imposible seguir en una enumeración de todos los trabajos fundamentales para la vida de la Iglesia y para el bien de la humanidad realizados por este Pontífice, santo y sabio, enérgico y prudente, conecedor del mundo y ejecutor dócil y humilde de la voluntad de su Maestro.

Una de las creaciones más interesantes para la vida de la Iglesia ha sido el establecimiento de la Acción Católica, todavía no bien comprendida en todas partes y que el mismo Pontífice definió tan claramente en su Encíclica "**Ubi Arcano**" con estas palabras: "La participación de los seglares católicos en el apostolado verdadero y propio de la Iglesia". Y en otro documento: "Cooperación de los seglares en el apostolado jerárquico". Con ese poder de organización que es como un sello de la obra práctica de Pío XI, ha restaurado la unión estrecha que, según leemos en los Hechos y en las Epístolas, existía en la Iglesia primitiva entre los eclesiásticos y los seglares en los trabajos de apostolado, ha robustecido la acción de la Iglesia, ha dado nuevo vigor a su unidad de pensamiento y de obras para el bien colectivo, ha reanimado en torno de la Acción Católica instituciones útiles, dándoles nuevos elementos de trabajo, ha iniciado un impulso que seguirá en los cielos.

Es enorme el interés consagrado por el Santo Padre a las Misiones en todo el mundo. "Que un alma sola se pierda por nuestra falta de generosidad, decía desde el primer año de su Pontificado, que un solo misionero deba detenerse por faltarle los medios que habríamos podido darle, es una gran responsabilidad en la cual quizás no hemos pensado lo suficiente en el curso de nuestra vida. La Exposición de las Misiones celebrada en Roma en 1925 fué un asombro para los mismos católicos. Todo ha sido revisado por Pío XI en materia de Misiones, las reglas de los misioneros, sus relaciones con los pueblos y con los Estados, la libertad del misionero fuera de todo concepto nacionalista, la procuración de las finanzas, la organización de las escuelas, la constitución de los primeros episcopados en países de infieles, como China y Japón, la igualdad de los cleros indígenas con los europeos.

Nosotros, católicos, lo sabemos, asistido por el Maestro e inspirado por el Espíritu Consolador que dió valor hasta la muerte a los desorientados Apóstoles y les infundió el don de hablar a cada pueblo en su lengua propia. Pero contemplada humanamente la figura de Pío XI da la impresión de una personalidad original hasta tener caracteres geniales, un cerebro vigoroso iluminado por la más alta y amplia cultura de su tiempo, una voluntad de acero capaz de grandes realizaciones. Desde largos años ningún Pontífice había fortalecido tanto la autoridad de la Santa Sede dentro y fuera de la Iglesia, en la disciplina y unidad interna como en las relaciones con los poderes civiles. Gran viajero, conocedor de lenguas modernas que habla familiarmente, estudiante atento de la historia y la evolución de la cultura, dotado de un fuerte impulso de actividad creadora y de un espíritu de revisión del pasado que es carácter propio de nuestro tiempo, Pío XI es un Papa innovador cuyo intento magnífico ha sido y sigue siendo servir a la humanidad por el reinado de Cristo, en los problemas máximos de nuestra crisis actual, con las armas inmortales del cristianismo, las mismas con que unos pescadores de Galilea fundaron sobre las ruinas de un mundo agonizante los cimientos de nuestra civilización.

En el octogésimo aniversario de su nacimiento, que se acaba de celebrar, el Santo Padre posee el dominio de su poderosa inteligencia y de su inflexible voluntad. ¡Sufre bajo la garra de padecimientos físicos que habrían aniquilado otros organismos menos recios que el suyo y olvida sus sufrimientos ofreciéndolos a Dios. Sublevado contra las medicinas y los médicos, acaso no quiere que intervenga sino la voluntad del Maestro que lo hizo su Vicario en la tierra y solo de El espera fuerzas, pronto siempre para acudir al llamado. Continúa su trabajo enorme en el Gobierno de la Iglesia universal, produce documentos de gran intensidad de doctrina y fuerza de expresión, claros y precisos. Tal vez se repite para sí la profunda y serena reflexión de San Francisco de Sales: "Si el dolor no te mata, es que aún puedes con él, y si te mata, con la muerte se acaba el dolor".

Fué su inocente ambición juvenil y hasta en la edad madura escalar altas cimas, vencer dificultades, admirar la creación en sus aspectos secretos, dignos sólo de los audaces y sufridos. Más tarde, ha vencido muchos obstáculos de otro género, ha probado que se podía llegar a muchos puntos tenidos por otros como inaccesibles. Hoy, desde la más alta cumbre espiritual que existe entre los cielos y la tierra, domina un inmenso panorama humano y hunde por la oración su pensamiento en el abismo de la infinita misericordia.



Portales

por Mario Góngora

Portales sigue siendo un desconocido. Todas las obras escritas sobre su personalidad no hacen sino repetir las observaciones hechas por Vicuña Mackenna y los demás biógrafos de su época. Aun el libro de don Francisco A. Encina,

que contiene magníficas ideas interpretativas de la política portaliana, no dice nada realmente nuevo y significativo sobre el hombre. Porque decir de nuevo que Portales era un intuitivo es no decir nada. No se habla de la psicología de seres humanos como de los caracteres de un ejemplar zoológico, mediante los cuales se le enmarca en un género o especie determinada. La ciencia o arte de la psicología no busca tipos humanos, sino hombres, hombres en los cuales la química del alma es única, en que la intuición, los sentimientos, toda la vida espiritual es absolutamente propia e individual.

No hay pues una imagen íntima de Portales. Nadie ha visto con claridad y profundidad en la complejidad de cada etapa de su vida, en la desociación de tonos psicológicos contradictorios. O mejor dicho, si algunos, como Vicuña Mackenna, han adivinado algunos de estos rasgos, no han dado a estas imágenes discordantes una organización, un sentido totalizador que haga aparecer una visión de un hombre coherente y personal en su superior unidad, y, a la vez, tan rico en detalles, en variedad, en contradicciones, como era Portales. Los historiadores han estado demasiado cerca o demasiado lejos para ver bien.

No sólo se le desconoce, sino que se le deforma. Para algunos, que han convertido la tradición viviente en un panteón académico, Portales no es sino otra de las figuras petrificadas de la historia que no tienen hoy día más misión que servir de tema para gruesos libros, glosas bibliográficas o investigaciones de archivos. Otros, por el contrario, encuentran cómodo para sus posiciones partidistas del momento presente interpretarle a través de las tendencias o prejuicios de hoy día, para poder así apoderarse de su herencia y proclamarse continuadores de su tradición.

Portales, como todo el gran poema de la tradición chilena, no pertenece sino a la nación, al pueblo que le ha modelado y que ha sido a su vez, en reciprocidad de influencias, modelado por ella. La tradición no es feudo de ningún grupo. Es verdad que Portales actuó dentro de determinados bandos políticos o sociales, — el pelocunismo, los estanqueros — pero ellos nada tienen que ver con las tendencias formadas en épocas posteriores para satisfacer necesidades de esos momentos. Cada instante histórico es único e irreversible y es absurdo tratar de unirlo por vínculos artificiales con partidos o bandos que actúen en otro instante histórico y que son, por tanto, absolutamente diferentes. Una tendencia es tradicionalista, no cuando se etiqueta pomposamente así, sino cuando crea una nueva tradición.

Si queremos ver claramente lo que significa Portales en la historia de Chile, tenemos que comenzar por descubrir el

sentido que para él tenía su acción política, la transformación revolucionaria que imprimió a la vida chilena.

Se ha dicho muchas veces que Portales era un político sin principios, sin programas predeterminantes de su actuación. En realidad la observación es trivial. Ningún realizador político, ningún hombre de acción tiene un esquema teórico o especulativo que deba luego realizarse en el terreno de los hechos, como ningún artista tiene en su espíritu la idea o símbolo desprendida de la materia concreta, de la imagen sensible en que ha de envolverse esa idea. Las ideas del político, como las del artista, son ideas operativas, o, como diría un escolástico, prácticamente prácticas, ideas que sólo se precisan y desarrollan en su riqueza, a la vez concreta e inteligible, en las creaciones, en los actos, en las obras informadas por tales ideas. Así como un músico precisa en notas musicales, un político manifiesta sus ideas solamente en acción política; y este pensamiento político suyo puede ser de tal modo inconsciente, que él no puede traducir en un esquema teórico su propia creación, su propia obra. La labor del filósofo de la política es, entonces, como la del esteta frente al artista, conceptualizar, hacer consciente y racional la obra del político. Pero esta es, repetimos, el oficio del filósofo y no del político. A éste no pueden exigírsele tales esquemas o "principios". Su papel más importante: instruir y sacar realidades.

Portales es, por excelencia, nuestro político, el que mejor ha realizado esta esencia del genio de acción. Sus cartas nos dan algunas ideas u opiniones, expresadas en forma lo más incientífica posible y que apenas nos permiten captar algunos aspectos, los más exteriores, de su obra. Pero sólo buscamos en la arquitectura social y moral de los hombres y de la estructura del Estado chileno hasta 1891, podemos reconocer, en su inmanencia vital, el pensamiento de Portales.

El gran Ministro de Prieto no sólo fué un político; fué la más alta y recia expresión de la política: fué un revolucionario. Pero su revolución es algo tan nuevo y que contradecía en tal forma el sentido utopista y pseudo romántico que tenían los hombres de su tiempo de una revolución, que para ellos, sencillamente, era una reacción colonial.

En efecto, para los pipiolos y federales estilo 1830, a quienes el Ministro combatió a muerte, y para los liberales y socialistas sansimonianos de la generación del 42, que juzgaron el régimen pelucón, una revolución era sencillamente una bella y clara idea sobre organización de la sociedad, que una vez implantada — sea por el progreso de la ilustración, sea por un pronunciamiento, porque en esta materia, ellos acudían, paradójicamente, a ambos medios — inscribiría a Chile den-

tro del círculo de la civilización y del progreso, entendiendo estos términos en el sentido que le daban los libros recién publicados en Francia.

Pues bien, frente a esta idea superficial y puramente formal de la revolución, Portales plantea su audaz concepción —no en libro o programa alguno, sino en la estructura del edificio político que construye.

Una revolución es una crisis de destrucción del orden existente y de creación de un orden nuevo, exigida y producida por fuerzas reales, por una causalidad material — dándole a esta palabra su sentido estrictamente filosófico y no una acepción restringida a lo económico. Nuevas clases sociales, nuevos hechos sociales, nuevos valores morales o espirituales que se han hecho patrimonio de un grupo humano: tales son los factores que tienden, por su mismo desarrollo y expansión, a romper con el molde rígido y ya anticuado de una organización que ha perdido su apoyo en lo real y en la vida de un pueblo. Todo este concurso de causas materiales del fenómeno revolucionario debe ser organizado y realizado por un hombre o por una tendencia política. Tal es la intervención de la libertad humana dentro de las transformaciones históricas: es como la causa formal que fecunda y dirige las fuerzas materiales que conspiran a esa transformación.

Así, mientras que la revolución de los liberales se olvidaba totalmente de los factores reales, la revolución auténtica, la portaliana, era el resultado de la genialidad intuitiva y creadora de un hombre que organizó el nuevo orden republicano a que aspiraba la clase criolla. Esta capa de la sociedad colonial, enriquecida económica y racionalmente por la emigración vasca del siglo XVIII, fortificada políticamente por el poder municipal, se encontró frente a una maquinaria burocrática que gobernaba en nombre de una monarquía que había perdido toda la vitalidad conquistadora y colonizadora del siglo XVI, que era una organización caduca e interiormente debilitada y que cayó al primer golpe de la clase de los encomenderos criollos, que hizo la Independencia en todos los países de América con la finalidad, clara y precisa en algunos, inconsciente y oculta tras un autonomismo moderado en los más, de crear un orden republicano, más o menos asociado a la ideología política nacida en la época de la Revolución Francesa.

Portales, no se preocupa de criticar el régimen colonial, mirándolo como un pasado definitivamente liquidado, pero que, como todo lo que ocurre en la historia, tenía su razón de ser y su necesidad. Para él es evidentemente legítimo el anhelo revolucionario de la aristocracia criolla y su obra es,

esencialmente, la realización, dentro del espíritu y de las modalidades nacionales, de ese orden republicano, libre de los utopismos, de los extremismos infantiles y las imitaciones extranjeras de que estaban aquejados los ensayos de la época anárquica de 1810 a 1830.

Un movimiento constructivamente revolucionario debe empezar naturalmente por separarse del desorden organizado jurídicamente, rompiendo esa legalidad para crear un nuevo orden y una nueva jurisdicción. Pero el orden revolucionario una vez que esté suficientemente robustecido en su espíritu y en su fuerza para conducir a una sociedad, se halla ante una nueva necesidad: la de la continuidad histórica. Siempre hay en un orden muerto, fuerzas vivas, elementos valiosos y positivos — ideas, instituciones, clases, hombres — y la revolución que debe inicialmente tener el valor de ser injusta con estos elementos, debe a su vez, más tarde, tener el valor superior de afirmar su capacidad, no para transigir, sino para asimilar y transformar en el nuevo espíritu todos los valores que permanecen y se justifican en el nuevo momento histórico. De este modo una revolución, al profundizarse y depurarse, no rompe la continuidad histórica, sino que respeta las exigencias razonables de lo que era, sin perder en nada el rigor de su novedad. Porque la continuidad de la historia no es esa línea recta que imaginan los evolucionistas, sino más bien como una espiral ascendente en círculos cada vez más amplios, en que todo lo que vive sólo se conserva por una constante renovación íntima y una depuración incesante de sus elementos caducos, del peso muerto de lo que ya ha realizado su finalidad.

Portales rompió totalmente con el orden monárquico, pero asimiló dentro del régimen republicano un elemento insustituible de la estructura del Imperio español, la afirmación que el soberano — abstracta e impersonalmente considerado — era el elemento central de la sociedad política, la clave de la unidad y organicidad del Estado. El Gobierno está por sobre todos los intereses, por sobre todos los partidos políticos, por sobre todas las tendencias, atento únicamente al bien común de la nación; es, como dice muy acertadamente Eugenio d'Ors, como las grandes cúpulas de la Arquitectura del Renacimiento que reemplazaron la diversidad anárquica de los campanarios del gótico por esa rigurosa unificación de sentido y de orientación que da a todo el edificio la cúpula.

Una república dirigida por la aristocracia vasca — particularista e individualista por nacimiento, aunque la organización monárquica hubiera corregido y limitado estas tendencias, necesitaba como contrapartida un poder central po-

deroso que velara por el interés de las clases dirigidas, que eran el 90 % de la nación, pero que no tenían capacidad política alguna. Pero este Ejecutivo fuerte y autoritario era concebido en el régimen portaliano, como totalmente desligado de una persona determinada, perfectamente opuesto a las dictaduras de tipo personalista. El estilo jurídico del régimen lo había dado el espíritu de Andrés Bello, formado en esta concepción clásica de la autoridad, originada a la vez en el Derecho Romano y en el Derecho Natural, y transmitido dinámicamente por España a toda América.

El régimen pelucón, lejos, pues, de ser reaccionario, es una revolución en el sentido más real y más científico, una vida nueva, que, gracias a la profundidad de la comprensión histórica de su creador, puede asimilar uno de sus elementos capitales de su misma estructura del régimen anterior, pero dándoles un sentido nuevo, una esencia revolucionaria. Será esta misma institución del Ejecutivo autoritario, en cierto modo tomada de la colonia, el que dirigirá, durante todo el siglo, el movimiento de modernización, de progreso, de extensión de la cultura a la clase media, sin enfeudarse jamás a los intereses de la propia clase que lo engendraba y lo sostenía, a veces aún contra su voluntad y sus tendencias egoístas. Porque su aristocracia sentía, como ha dicho muy bien el señor Encina, una formidable sugestión intelectual y afectiva que creó en ella Portales — como la creó en Prieto y en todos los que lo acompañaron como gobernante. Una sugestión que movía a esa clase a servir la concepción unitaria y nacional de la política.

La construcción de Portales ha sido derribada pieza a pieza. La misma clase dirigente, totalmente transformada por la introducción del capitalismo en Chile, después de la conquista del salitre, terminó con el régimen de autoridad y responsabilidad presidencial, el cual, es verdad, se había convertido antes de 1891, en un poder, exageradamente personalista y arbitrario; e incluso había perdido en parte su fisonomía nacional desde que adoptó una política laicista que lo ponía en contradicción con las tendencias más profundamente arraigadas en el pueblo. Pero como remedio contra estas deformaciones de la autoridad, se vino a caer en el largo ensayo de imitación inglesa: el parlamentarismo (más aún, sin dar siquiera al Gobierno el poder de disolución del Congreso que tiene en Gran Bretaña la Corona).

El resultado del período 1891-1920 era el que naturalmente podía preverse. El Estado dejó su función activa y

directora de la vida nacional y la tomaron esta función las fuerzas económicas dominantes del capitalismo extranjero y nacional. Pero este régimen oligárquico que subordinaba la política a los intereses económicos de una minoría, hizo nacer, por una lógica necesidad interna del régimen individualista, la reacción contraria.

Había nacido en Chile desde fines del siglo pasado, una clase media de intelectuales, profesionales y empleados, que buscaba, como un siglo atrás la nobleza rural, su expansión política y social; y por debajo de ella, las masas proletarias se formaban rápidamente una conciencia anti-imperialista y antioligárquica. Y son estas fuerzas las que hicieron estallar la presente revolución chilena, permanente desde 1920.

Contra esta crisis revolucionaria de nuestra nacionalidad, de nada sirve tratar de mantener las formas caducas y una legalidad interiormente vacía de todo contenido vital. Por el contrario, los que no quieren ser enterradores de una tradición, los que no creen que ella haya muerto, deben vivificarla tomando frente a la presente revolución, la actitud de Portales ante las fuerzas de la aristocracia: edificar el nuevo orden revolucionario, saltando por encima de toda consideración a todo lo que hay de muerto y rutinario en la organización presente.

Hay que re-crear la concepción del Estado fuerte y activo, para opener al partido económico dirigente los criterios y valores de justicia y de bien común y para crear las estructuras sociales que reclaman los tiempos. Aplicando en la nueva forma adecuada al presente la concepción fundamental de Portales, la juventud chilena, las nuevas generaciones revolucionarias, harán la obra más sustancialmente tradicionalista y nacional.

El Milagro del Giotto⁽¹⁾

Permitidme que sirviéndome de ese antiquísimo y por su rapidez todavía insuperado medio de transporte que es según los casos la imaginación o el recuerdo, yo os invite a seguirme por un momento, sin necesidad de que os molesteis desde vuestras butacas, a dieciseis mil kilómetros de distancia solamente, hasta Florencia, más bien, directamente a ese místico templo de gracia y de belleza que es la iglesia de Santa María del Fiore. Detengámonos aquí ante una tumba de escasa apariencia: bajo un busto bellamente esculpido por Benedetto de Maiano, se encuentra grabado un epígrafe latino dictado por el más distinguido humanista del cuatrocientos, Angelo Poliziano. Leámoslo, más bien, permitidme que os lo lea en castellano. En sus armoniosos dísticos el epígrafe dice: “Yo soy aquél por virtud del cual revivió la pintura extinguida, aquél que tuvo mano igualmente impecable y obediente. Faltaba a la naturaleza lo que faltó a mi arte. A nadie le fué concedido pintar más o mejor. Contemplas admirado la torre egregia en la cual resuena el bronce sagrado. También ésta se elevó hasta las estrellas según mi modelo. En fin, soy Giotto; ¿qué necesidad había de decir todo esto? Este nombre tiene lugar de un extenso poema”.

Y si de un extenso poema, de cuántas conferencias no puede tener lugar ese nombre. Por lo tanto debo agregar de inmediato, para nuestra común justificación, que estamos aquí reunidos — vosotros para escucharme pacientemente y yo para hablaros no sin dificultad en vuestro hermoso idioma que aún no tengo la dicha de poseer — no sólo para rendir un modesto y justo homenaje a la eterna memoria del Giotto, sino al mismo tiempo para tratar de darnos cuenta lo mejor posible de lo que verdaderamente puede llamarse el milagro de Giotto: para que a seiscientos años de distancia desde su muerte, su nombre pueda todavía significar un extenso poema, o mejor aún, porque después de más de seis siglos sus pinturas logren hablarnos más que cualquiera pintura o cualquier poema, largo o corto, de esta nuestra edad moderna.

(1) Conferencia leída en el aula magna de la Universidad Católica de Santiago, con ocasión del 6.º Centenario de la muerte del Giotto.

Esto sirva también para justificarme si me limitaré a reevocar en vista de este nuestro fin particular, sólo lo estrictamente indispensable de la vida y de las obras de Giotto, las cuales para ilustrarlas debidamente no bastarían sólo una o varias conferencias sino numerosos volúmenes.

En Florencia, según la opinión concorde de la reciente crítica; en la aldea de Vespignano, aproximadamente a 35 kilómetros al norte de Florencia, según la antigua tradición, nació Giotto de una humilde familia en el año 1267; es decir, a dos años de distancia del nacimiento de su más grande contemporáneo y conciudadano, Dante Alighieri. Con certidumbre se sabe muy poco de su vida. Parece comprobado que entrara de muchacho en el taller de Cimabue, entonces el más reputado pintor de Italia, y comenzara a trabajar bajo la dirección de éste. Pero por muy grande y digna de consideración que sea la obra de Cimabue, no se puede en verdad hablar de él con respecto de Giotto como de un maestro que ejerza una profunda función formativa: de ese juvenil período inicial de la actividad de Giotto nada queda. Pero las primeras obras que podemos atribuirle con seguridad se revelan nítidamente libres de toda influencia o modelo. Ellas representan ya no una evolución en el campo señalado por los pintores precedentes de las escuelas florentina, sienesa y romana, en su deseo y en sus tentativas indecisas de libertarse de los esquemas de la tradición bizantina, sino una verdadera y propia revolución, ya sea como inspiración y como concepción pictórica y técnica; no un simple progreso con respecto a sus predecesores y compañeros, sino un decidido salto hacia el porvenir a despecho de fórmulas, tradiciones y prejuicios.

De la precocidad de Giotto hablan mucho los antiguos escritos. Muy joven aún, tuvo que apartarse del taller de Cimabue, abrir uno propio y conquistar muy luego cierto renombre no solamente en Florencia, donde las iglesias de Santa Croce, del Carmine y de la Badía se iban poblando con sus pinturas; en efecto, aún no tenía treinta años cuando fué llamado a Asís por el Padre General de los Franciscanos, Fray Giovanni Muro della Marca, a continuar en la basílica las decoraciones murales que fueron interrumpidas por la muerte de Cimabue.

Nosotros no nos sumergiremos, ni ahora ni después, en el difícil y a menudo insoluble problema de establecer fechas exactas en las diversas actividades de Giotto, ni mucho menos en la muy debatida e igualmente insoluble cuestión de las atribuciones inciertas. En realidad a nosotros nos interesa solamente captar y sintetizar los caracteres fundamen-

tales de la obra giottesca. Las decoraciones murales, realizadas por Giotto en la basílica superior de Asís y señaladas generalmente como el primer ensayo de su grandeza, representan en 28 grandes composiciones que cubren completamente ambas naves de la basílica, los episodios sobresalientes de la leyenda de San Francisco de Asís según el devoto relato de San Buenaventura: desde la primera visión reveladora hasta la muerte y la glorificación del Santo.

La diferencia entre estos frescos (que algunos están deteriorados por efecto del tiempo y otros por obra de alumnos y restauradores) y lo que hasta ese entonces se había pintado en Italia, se revela con evidencia tangible. No ya figuras inciertas y rígidas, desarticuladas o mal agrupadas en composiciones pictóricas permeabilizadas de frío hieratismo: sino personajes cultos en su viva dramaticidad, expresada en un estilo lúcido, conciso, sugestivo, con línea sólida y robusta, en composiciones solemnemente equilibradas y armónicas. No ya hierática abstracción, sino íntima participación, real y humana, del pintor en la vicisitud religiosa narrada. No más incertidumbre técnica de representación, sino una línea segura, dotada de formidable relieve, destinada a captar y constantemente capaz de realizar, con plástica evidencia, los elementos esenciales de la representación humana. No ya composiciones desligadas, sino profunda unidad constructora de tal manera que cada figura aparece allí como la frase musical de una sinfonía, rica de armonía propia pero indisolublemente ligada al resto de la composición. No ya repeticiones de tipos y de esquemas pictóricos, sino infinita variedad de expresión y de acentos. "Parece" — ha observado sobre este particular un escritor chileno de gran erudición, don Rafael Errázuriz Urmeneta — "como si improvisamente el don de la vida se hubiera comunicado al arte pictórico; como si la naturaleza hubiera venido a estamparse de repente en los tipos humanos hasta entonces falsos o fingidos; como si una belleza nueva, belleza de formas y de sentimiento interior hubiese llegado a traspasar la nube del convencionalismo bizantino".

La serie de los frescos que ilustran la vida de San Francisco no constituye en realidad más que una pequeña parte de la prodigiosamente vasta obra de Giotto. Fué pintor nómade, llamado por Papas, príncipes, señores, y desde Padua hasta Nápoles fué poblando Italia con sus pinturas, revolucionando completamente el arte de su tiempo. La tradición habla de sus viajes a Roma, Ravena, Nápoles, Verona, Ríminis, Ferrara, Bolonia, Arezzo, Milán, Padua hasta París y Aviñón. No nos es posible seguir al Giotto en sus numerosas peregrina-

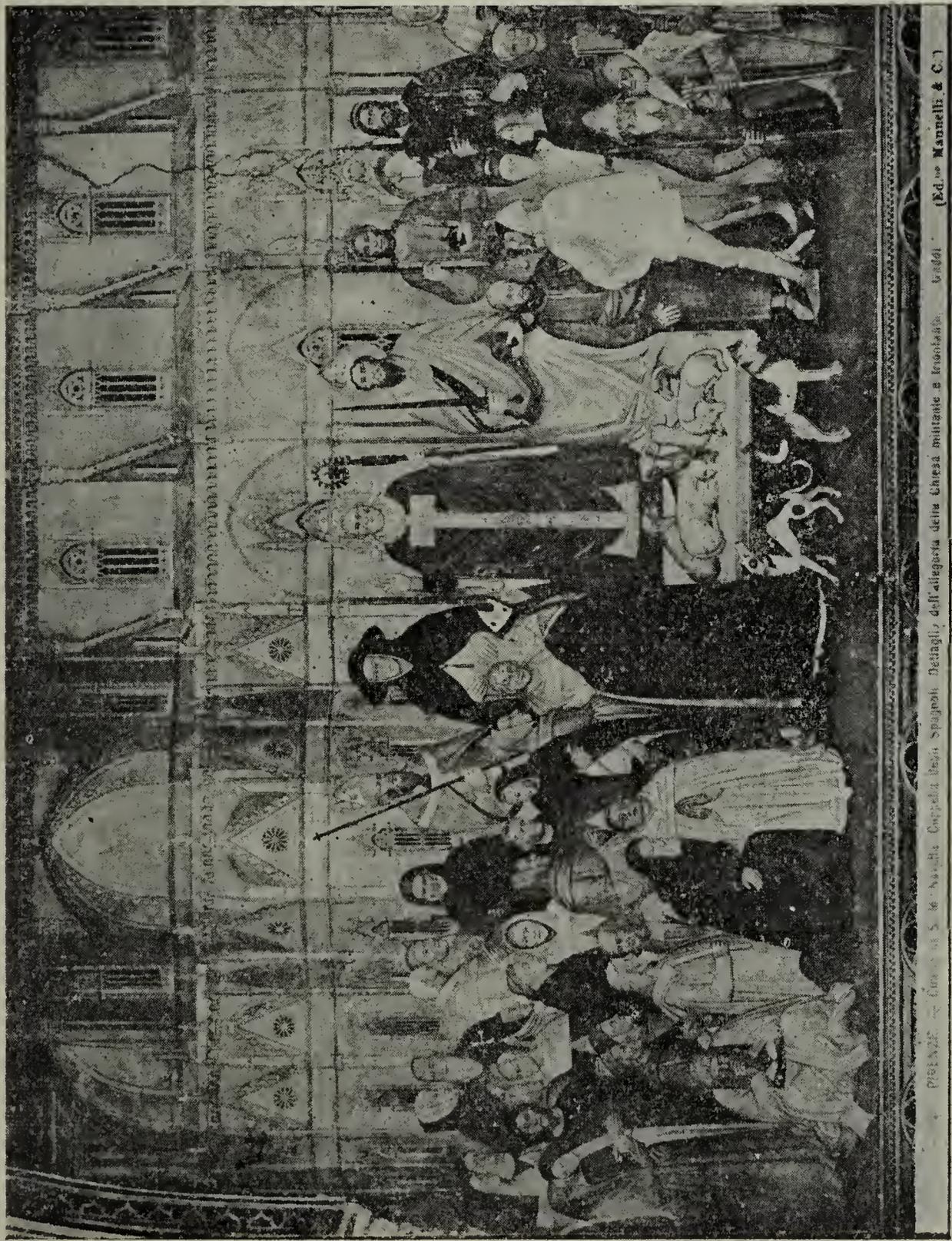
naciones artísticas: de muchas de éstas no nos queda ningún documento para comprobar la veracidad de la tradición; en otros casos, como en Roma y en Nápoles, de los trabajos allí efectuados por Giotto poco ha quedado, y este poco, deteriorado o alterado. Nuestra rapidísima peregrinación giottesca debe limitarse necesariamente a dos lugares donde se ha afianzado de manera más completa y acabada la obra de Giotto en todo el poderío de su madurez: es decir, en Padua y en Florencia.

En la plenitud de su popularidad y en el vigor de sus 40 años fué llamado a Padua para pintar los frescos de la capilla hecha construir por un rico comerciante paduano, mecenas y protector de artistas, Enrico Scrovegni. Esta capilla, decorada enteramente por Giotto si bien con la ayuda de alumnos, según la costumbre de esa época, es en verdad no solamente la más rica y compleja afirmación del arte pictórico de Giotto, sino uno de los más gloriosos monumentos del arte de todos los tiempos como también una de las más vibrantes afirmaciones artísticas del verbo religioso católico. En 34 cuadros representó enteramente la epopeya cristiana, la vida de la Virgen y la vida de Jesús, en sus episodios fundamentales, desde la expulsión de Joaquín del Templo hasta la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús al cielo. Toda la representación está acompañada por opuestas figuras de los vicios y de las virtudes, e integrada por el Juicio Universal, pintado en el muro de la fachada sobre la puerta de ingreso, y por un crucifijo que, destinado al ábside, se conserva hoy día en la sacristía contigua. En estos frescos, como también en aquellos ejecutados más tarde en Santa Croce en Florencia, se destacan con mayor relieve esos caracteres del arte pictórico giottesco que hemos ya señalado rápidamente a propósito de las decoraciones de Asís; y en primer lugar: la adherencia perfecta de la técnica al sentimiento representativo, el sentido sólido y real de la representación, y sobre todo la constante capacidad de Giotto de captar la dramaticidad humana del episodio religioso fijándolo, como sutilmente hizo notar Ruskin, en el momento emotivamente decisivo. En realidad cada uno de los cuadros de la capilla de los Scrovegni, cada una de las composiciones en particular, necesitarían un largo y detallado comentario. Bástenos, en esta apresurada reconstrucción de los caracteres esenciales de la personalidad artística de Giotto, reevocar las palabras con que, el más ilustre escritor actual de la pintura italiana, Adolfo Venturi, finaliza su examen de la Capilla de los Scrovegni comparando el Crucifijo de Giotto con las variadas imágenes del Redentor en la cruz, que se habían pintado hasta

entonces. “Con el Crucifijo” — dice él — “cerró Giotto su trabajo en la Capilla de los Scrovegni. Los bizantinos que habían desarrollado las sagradas leyendas con aparatos de fiesta, con símbolos misteriosos, esparciendo oro y perfumes, fueron vencidos por el maestro italiano. Ni incienso ni mirra, ni jerarquías simbólicas, ni reflejos de antiguas costumbres, ni elaboradas reminiscencias de forma; sino la vida pura y simple. Fuera de las estampas medioevales, rebalsó el carácter; fuera de convencionalismos, el hombre con su fuerza y sus pasiones; fuera del ánimo, el arte. Giotto lo encontró envuelto todavía en vendajes bizantinos resplandecientes de oro, de perlas, plata y púrpura, sobrecargado con bárbaro lujo, y dióle la simplicidad popular, la gentil naturaleza toscana, la clara lógica italiana. De repente, y como dando un salto, cogió las formas espontáneas de lo verdadero, y en las leyendas apócrifas las más bellas flores del sentimiento. El teatro sagrado quedó abierto como por encanto en la capilla de los Scrovegni; y allí Giotto, el primero y más ilustre actor moderno habla, conmueve, exalta desde hace seis siglos”.

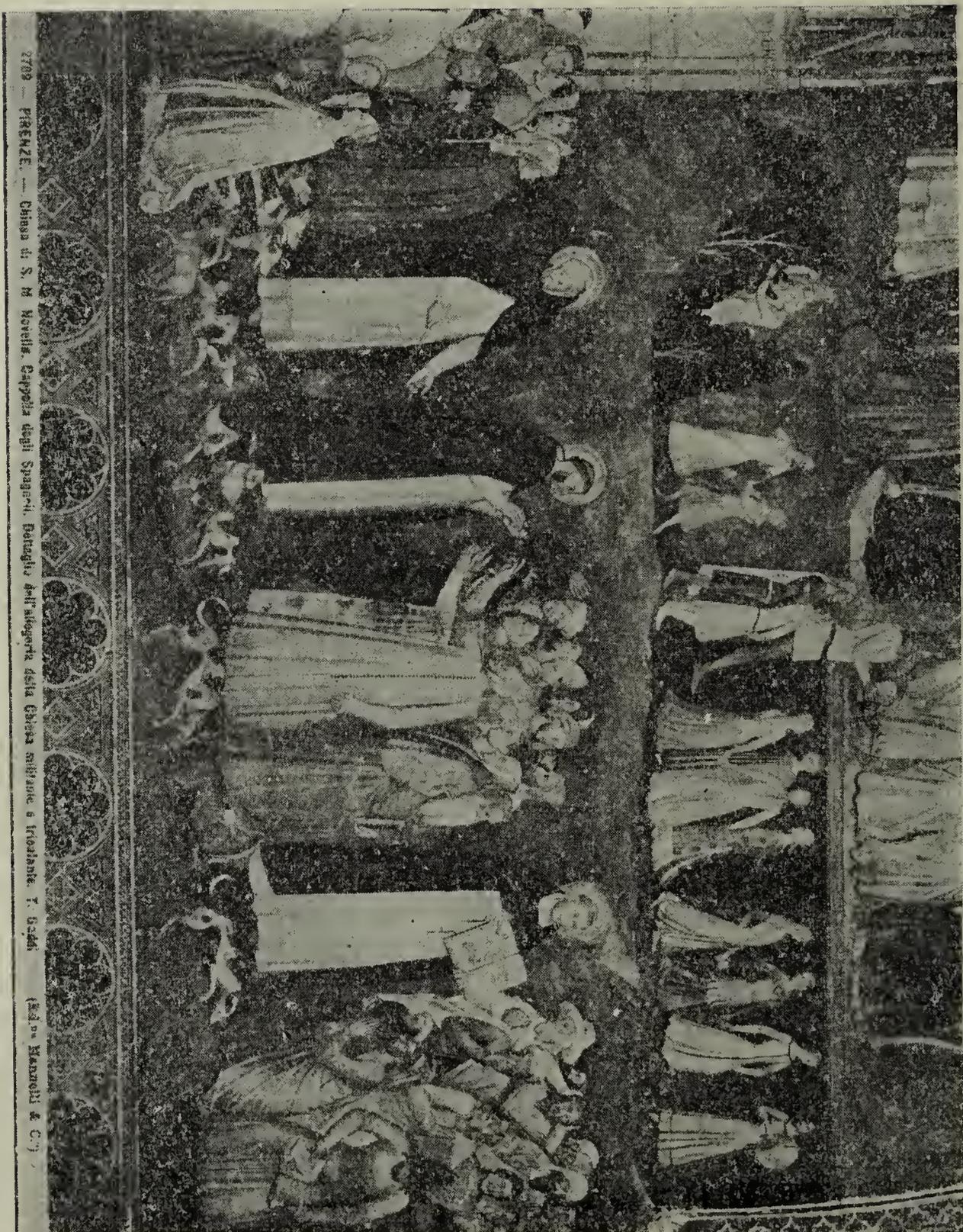
La actividad de Giotto, en los últimos treinta años de su vida, fué prodigiosamente intensa. Ante la gran cantidad de trabajos que le eran solicitados por doquier, él tuvo que servirse de discípulos reservándose sólo la dirección y la ejecución de los elementos fundamentales de las pinturas, y limitándose a veces simplemente a inspirar y a bosquejar su concepción. De verdaderamente suyo en Florencia quedan, si bien alterados por malas restauraciones, los frescos de las capillas Peruzzi y Bardi en Santa Croce; los primeros ilustran episodios de la vida de los dos Juanes, el Bautista y el Evangelista; en los segundos, Giotto vuelve a continuar un tema que le fué especialmente grato, la vida de San Francisco, repitiendo en forma más serena y perfecta los motivos ya desarrollados en Asís.

A los 67 años, Giotto fué nombrado superintendente y proveedor de la iglesia de Santa María del Fiore y en consecuencia encargado de la construcción del nuevo campanario, con el cual, como aparece en un documento del año 1334, la Señoría de Florencia se proponía levantar “un edificio tan magnífico que por altura y calidad de trabajo, venga a superar cuantos hayan sido construídos por griegos o romanos en los tiempos de su potencia más florida”. Sorprende, sin duda, que la difícil tarea de realizar tal ambicioso proyecto de la Señoría florentina fuera confiado a un hombre que en toda su vida había sido únicamente pintor; pero es ciertamente el mejor testimonio del gran aprecio con que Giotto fué considerado por sus contemporáneos. De todas maneras



PIRELLA GÖTTSCHE LOWE & CO. ADVERTISING AGENCY, NEW YORK, N.Y. (Ed. no. Mannelli & C.)

GIOTTO.—Detalle de la alegoría de la Iglesia militante y triunfante.
Iglesia de Sta. María Novella de Florencia.



2709 — FIRENZE. — Chiesa di S. M. Novella. Cappella degli Spagnoli. Dettaglio dell' allegoria della Chiesa militante e trionfante. T. G. G. G.

(Ediz. M. Zanichelli & C.)

GIOTTO.—Detalle de la alegoría de la Iglesia militante y triunfante.
Iglesia de Sta. María Novella de Florencia.

el Giotto no fué inferior a la confianza en él depositada por los magistrados florentinos; el campanario que él dibujó, y que desde entonces es conocido con el nombre de campanario de Giotto, es en efecto uno de los más bellos y singulares monumentos que existan, una verdadera joya arquitectónica en el cual la solidez de las construcciones románicas y la elegancia de ciertos elementos góticos se funden armónicamente en líneas de incomparable gracia. Casi dos siglos después, Carlos V, contemplando este campanario, pronunciaba ese singular elogio que nos es referido por el historiador Admirado: "merecería ser cubierto y mostrado rara vez". Casi seis siglos después un arquitecto americano no titubeará en tomar motivos y líneas del campanario giottesco para la construcción del edificio del "New York Times", considerado aún por muchos como el más artístico rascacielo de New York.

Sin embargo, Giotto apenas pudo ver los comienzos de la construcción de su hermoso campanario, que solo después fué llevado a término, con ligeras alteraciones de su modelo original. En Enero de 1337, a la edad de setenta años, el gran pintor concluía su vida en Florencia, y era sepultado con grandes honores en la iglesia de Santa María del Fiore. De su vida privada, de la cual se conoce muy poco con absoluta certeza, deben destacarse dos hechos porque no están exentos de interés: fué Giotto un hombre de humor alegre y mordaz, y la tradición ha ligado su nombre a diversas anécdotas y le ha atribuído muchos chistes ingeniosos. Boccaccio no titubeó en incluir uno en su Decamerón, otros nos son referidos por Sacchetti y por Vasari. Le ligó con Dante una profunda amistad. Dante pagó el primer gran tributo a Giotto mencionándolo en la Divina Comedia como el pintor de mayor renombre de su época; Giotto introdujo más de una vez el retrato de Dante en sus frescos: notable entre todos el de la capilla del Podestá en Florencia, pintado alrededor del año 1334, es decir, a trece años de la muerte del poeta.

La fama que coronó a Giotto aún joven, se ha venido perpetuando, aumentándose, a través de estos seis siglos, y no ha experimentado discusiones o contrastes ni siquiera en esas edades, como la iluminista, dedicadas especialmente a manías demoleedoras, en homenaje a una presunta Diosa Razón. Los más grandes pintores de todos los tiempos han reconocido en él a su maestro. Poetas y artistas de todas las épocas le han prodigado incondicionadas alabanzas, de Boccaccio, Petrarca, Ghiberti a Poliziano, Michelangelo, Leonardo hasta los modernísimos, de tal manera que ha podido justamente decir de él Carlos Carra, uno de los mejores pintores de la Italia de hoy: "En toda nación civilizada del mundo, en cada latitud,

entre gentes de raza y de civilizaciones diversas fué celebrado. El ejerció en el arte una poderosa influencia, comparable a la de los grandes profetas; y su gloria eclipsa a la de los reyes más famosos. Muy pocos en la historia de todos los tiempos lograron suscitar igual admiración. A los treinta años había asombrado a sus contemporáneos y era considerado por éstos entre los hombres más admirables. Y puesto que fué Giotto quien resucitó en el mundo moderno el esplendor del arte, su nombre será transmitido de boca en boca por una incalculable serie de generaciones, sin perder, o mejor aún, adquiriendo valor. La visión de su arte realiza en la historia el nuevo término de verdad que, en sí mismo inmutable, es sin embargo, siempre diferente en el tiempo, como es también siempre inmutable en sus variedades la sustancia de su alma”.

*

* *

Renovador de la pintura, “*pictura extinta revixit*” dice el buen latín de Poliziano: tal es el título de gloria que tributado a Giotto aún por sus contemporáneos, le ha sido justamente e inalterablemente reconocido a través de los siglos. En los comienzos de la nueva civilización europea, sobre el majestuoso escenario de estos dos siglos, XIII y XIV, que después del largo y laborioso fermento del alto Medioevo señalan el nuevo impetuoso germinar del espíritu latino en el mundo, se yergue grandiosa la colosal figura de Giotto que quebranta los fríos esquemas del arte bizantino, e instaurando la inspiración dirigida por lo verdadero, abre el camino a las infinitas posibilidades del arte en el porvenir. Recordar, aunque brevemente, las variadas influencias que en el curso de los siglos la obra de Giotto ejerció sobre muchísimos pintores de todos los países, requiere mucho más tiempo que el que yo pueda pedirles a mis oyentes, mucho más espacio que el que se me pueda otorgar en una conferencia. Es necesario, más bien, después de este rapidísimo examen nuestro de las más notables características y conquistas del arte giottesco, tratar de fijar claramente el valor esencial de la revolución realizada por Giotto en el campo de la pintura; y esto no por meras razones de justo encuadramiento histórico, sino sobre todo para poder llegar a una íntima y completa comprensión de la obra de Giotto.

Sin duda la primera, más evidente y sorprendente impresión que nos proporciona una comparación entre la obra de Giotto y las manifestaciones pictóricas anteriores, es la diversidad fundamental de concepción y de expresión pictó-

rica tanto en la elección de los temas como en su realización. Mientras las pinturas bizantinas se abstienen de observar la realidad natural y humana, es justamente de ésta donde Giotto parece obtener la materia de su arte: inmediata y espontánea desborda con fuerza vigorosa en sus frescos la vida del pueblo, en sus infinitas expresiones humanas, desde las trágicas hasta las cómicas; la vida que Giotto veía bullir a su alrededor, en las calles y en las plazas de las florecientes ciudades italianas del Doscientos, pobladas de peregrinos y de mercaderes, de santos y de artesanos, de poetas y de guerreros; y esa vida él la supo captar con ojo perspicaz transfigurándola en perenne materia de arte. La obra de Giotto nos asombra e impresiona como una compleja epopeya, terriblemente rica en elementos dramáticos y sin embargo no exenta de elementos burlescos, donde lo real y lo sobrenatural concuerdan con admirable unidad y profunda armonía, y se expresan con una riqueza y variedad de representación que nos inducen inevitablemente a pensar en el poder creador del más grande poeta de la época de Giotto, el más grande poeta de todos los tiempos, Dante Alighieri.

¿Cómo se explica que de la pobreza fantástica de los bizantinos se pase a la riqueza de Giotto? ¿Cómo se explica que haya podido suceder tal trastorno de términos? Ya que aparece bien claro, en este punto, que la revolución operada por Giotto no se limita, ni puede considerarse limitada, a la mera, por cuanto total, renovación de la técnica y de la concepción pictórica, la cual en realidad no es más que la inevitable consecuencia y la expresión de una renovación mucho más vasta y profunda. Es todo el mundo espiritual de Giotto el que está en plena rebelión y antítesis con el de los bizantinos; es, en fin, un nuevo mundo espiritual, es decir, una nueva concepción de la vida, y como tal lógicamente del arte, que Giotto expresa y afianza en el campo de la pintura. Su revolución pictórica presupone y proclama al mismo tiempo una fundamental y mucho más vasta revolución en todo el campo del espíritu humano.

Para darnos cuenta exacta de esto no es inútil, tal vez, remontarnos un momento al valor y al significado que la pintura tenía para los predecesores y para los contemporáneos de Giotto. Se afirma comúnmente que Giotto libertó a la pintura de los rígidos y convencionales esquemas bizantinos instaurando en el arte la naturaleza. Tal afirmación es justa y la hemos repetido hace poco nosotros también, pero tomada en sí es peligrosa y puede inducir a un error de perspectiva histórica. Y en efecto, me ha sucedido más de una vez, encontrando tal frase en algún manual de historia del arte, pen-

sar con espanto que el mismo manual habría podido, con igual exactitud, afirmar, por ejemplo, que el impresionismo de la segunda mitad del ochocientos violó las vacuas formas de la pintura de academia para instaurar en el arte la libre y incontrolada expresión del sentimiento inmediato. Digo con espanto porque — a parte de la enorme diversidad de proporciones en cuanto a la importancia histórica y artística — los dos fenómenos están sobre dos planos muy distintos: la revolución giottesca, en fin, no puede ni debe ser considerada, como calidad de fenómeno, en el mismo plano de las numerosas pequeñas revoluciones de escuela que se han producido en la historia de la pintura en estos últimos ochenta años. Esta historia en sus diversos desenvolvimientos, puede ser ejemplificada por la variada manera de pintar naturalezas muertas. Pues bien ni Giotto ni los bizantinos se deleitaban en pintar naturalezas muertas: ellos estaban empeñados en dar forma y expresión a la más formidable de las fuerzas vivas que actúan en el hombre, en todos los tiempos pero especialmente en esa época: Dios. La pintura de los siglos que estamos analizando es realización en formas concretas del sentimiento religioso del pintor, destinada a exaltar el sentimiento religioso de los fieles y de los espectadores.

Ahora bien, aparece evidente que si queremos penetrar en lo íntimo, captar en su significado eterno de belleza y en todo su alcance histórico el arte de Giotto debemos elevarnos en un campo superior al de la mera pintura; debemos trasladarnos a esa esfera más vasta en que todas las diferentes expresiones del espíritu humano y las diversas actitudes características de todos los tiempos — tanto la pintura como la poesía, la filosofía, la política, el gusto y las costumbres — puedan aparecernos en su fundamental unidad y en su interior coherencia, en una visión que todas juntas las comprenda y las explique. La revolución pictórica realizada por Giotto, y que después debía ser tan fecunda en desarrollos múltiples en la historia de la pintura, es ante todo la manifestación de un nuevo sentido de la vida y de una nueva concepción religiosa, es decir, de una nueva atmósfera espiritual; de esa atmósfera espiritual que señalaba el afianzamiento, después de una lucha secular, del sereno espíritu romano de equilibrio y de claridad sobre los descompuestos elementos de la barbarie oriental y occidental, y que se traducía en poesía con la obra de Dante, en la escultura con la obra de Nicola Pisano, en la vida política y social con el florecimiento de las nuevas instituciones comunales, y que se había afianzado y definido en el mundo del pensamiento y de la teología con la obra de Santo Tomás de Aquino.

Si en las pinturas bizantinas, como hemos dicho, no se advierte ni siquiera la sombra de la observación dirigida por la realidad, esto es justamente porque el sentimiento religioso es entendido en irreconciliable contraste con la creación; ello se opone a la naturaleza y la rehuye expresamente en su exasperada tendencia al abstracto simbólico, deformando y mortificando los caracteres humanos: lejano, frío, inalcanzable es Dios, convertido en ídolo.

Si en Giotto, como dicen los críticos y los manuales de la historia del arte, la vida triunfa es porque la naturaleza y la religión, en la conciencia de los hombres, se han finalmente encontrado y reconciliado. El milagro eterno de la creación, el milagro cristiano de Dios que se transforma en hombre, es nuevamente sentido en su integridad, y en consecuencia se pueden refundir en las formas creadoras del arte. Hemos nombrado, y no al azar, a Santo Tomás de Aquino. Por cierto, el nombre de Giotto va unido mucho más a menudo, podríamos decir, inevitablemente, al de otro santo: del santo cuya vida y milagros él ilustró con especial interés y amor, y con inigualable comprensión, San Francisco de Asís. Pero debemos observar que el sentimiento franciscano de la naturaleza no basta para explicarnos plenamente, en su integridad, el movimiento de que estamos hablando, ni siquiera la misma representación giottesca de la mística vicisitud franciscana; se necesitaba algo más, se necesitaba que el ímpetu místico hacia las cosas madurara y se definiera con pleno conocimiento, con aquella clara conciencia, que es al mismo tiempo sentimiento y razón.

Es muy difícil, y tal vez imposible, resumir un movimiento como el que estamos analizando en la obra y en el nombre de un solo individuo. Ese movimiento fué en realidad, en la vasta complejidad de todas sus manifestaciones, el afianzamiento triunfal del espíritu eterno de Roma por sobre las infinitas incertidumbres, las desviaciones espirituales, las luchas obscuras que constituyen la substancia de la historia laboriosa de la humanidad a través de largos siglos medioevales. Pero si para esclarecer ese movimiento, para comprender mejor algunas de sus manifestaciones — ya que ese es el objeto de nuestra búsqueda — debe darse un nombre, este no puede ser más que el nombre del autor de la *philosophia perennis*. El había destruído; en el campo filosófico y teológico, las múltiples y variadas tendencias de origen y de espíritu orientales que habían ido acentuando con el tiempo los elementos místicos y espiritualizantes del Cristianismo primitivo, en perjuicio del fundamental valor humano, y que en el campo pictórico se traducían justamente en el abstracto hieratismo y en

la deformación de lo natural que caracterizan el arte bizantino. Sería absurdo e impropio, especialmente en este lugar, que yo tratara de sintetizar la importancia del pensamiento de Santo Tomás, aunque se relacionara únicamente con las manifestaciones artísticas de su siglo y del siguiente; el simple análisis del concepto tomista de "forma", que por lo demás no es muy simple, pero que es propedéutica necesaria para comprender claramente la nueva concepción del arte, necesitaría numerosísimas páginas. Baste para nuestros más modestos fines, recordar que esclareciendo el valor sobrenatural, pero no antinatural, de la cristiandad; reconciliando la razón con la religión; afirmando que los sentidos son las ventanas del alma y que la razón tiene un derecho divino para nutrirse de hechos; trasladando, en suma, a Dios sobre la tierra en la bondad de la creación y en la humanidad de Cristo, Santo Tomás había despejado las nebulosidades de ese pesimismo oriental que en múltiples formas había turbado y obscurecido frecuentemente el espíritu humano: y Dante podrá con su cuerpo mortal descender al infierno y ascender al paraíso y vestir de palabras, es decir, de formas naturales y humanas, lo trascendental, y Giotto podrá representar en sus vívidos e inmediatos valores humanos la épica religiosa.

Todo este extenso y complicado discurso tiene solo por objeto explicar de una manera definitiva un único fundamental concepto: que la verdadera substancia del movimiento de la civilización, del cual Dante y Giotto en distintos campos son la expresión, no se compendia en un renacimiento de la naturaleza, del sentido y de la razón contra o bien por fuera del sentimiento religioso, sino por el contrario el hecho de que es nuevamente descubierta y afianzada la religiosidad en la naturaleza y en el hombre. Es necesario tener presente esto si queremos penetrar en lo íntimo, no sólo el significado histórico sino sobre todo el valor substancial y eterno del arte de Giotto. La afirmación corriente de la crítica según la cual en la obra de Giotto no opera ni triunfa la religiosidad sino la vida, no resiste a un agudo examen y debe ser revisada. Ella explica apenas el por qué, mientras la pintura ha sobrepasado mucho a Giotto en el campo de la técnica, ningún pintor lo ha superado o alcanzado en profundidad de valores y de expresión humana; ella ni siquiera explica por qué nunca ningún pintor místico logre hablar más vivamente que Giotto a nuestro sentimiento religioso, y al mismo tiempo ningún pintor realista logre darnos igualmente ese sentido de realidad que anima las pinturas giottescas. La verdad sobre el arte de Giotto — como hemos visto — es

otra; en síntesis, es que en Giotto la religiosidad se vivifica, opera y triunfa en formas humanas.

A la luz de esta interpretación nosotros podemos también darnos cuenta claramente de una de las más singulares e interesantes impresiones que suscita en nosotros la obra de Giotto: es decir, que de todos los múltiples y gloriosos pintores, con que se han enriquecido estos seis últimos siglos de historia, justamente Giotto, que es reconocido oficialmente como el padre de nuestra pintura, es aquel que a nosotros nos parece más moderno. Moderno, — entendámonos. — no solamente en ese sentido general por lo cual toda grande expresión de arte es siempre viva y actual, sino en el sentido particular de responder a las exigencias más vivas, si bien mal definidas y a menudo desconocidas, del espíritu moderno. Ya que — y esto es evidente, para todos los que quieran penetrar más allá de ciertas lúcidas y deslumbradoras apariencias — nunca tal vez como en esta época moderna el hombre se ha movido en una selva de deformes abstracciones bizantinas, tras de las cuales son despreciadas y perdidas de vista las necesidades fundamentales del espíritu y del sentimiento humano; y, tal vez, nunca como ahora ha sido más viva e imperiosa en el corazón del hombre la eterna necesidad de sentir hablar la fe con los acentos de la realidad, y ver en las formas sólidas y concretas de la vida manifestarse y triunfar las verdades ideales: la eterna necesidad que Giotto supo satisfacer en el campo de la pintura con el milagro siempre nuevo y renovador de su arte.

«EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

El problema del bachillerato

La educación humana, es sin duda, el más delicado y más importante deber de la familia, de la Iglesia y del Estado. En Chile, el cumplimiento de este deber se ha convertido por diversas causas funestas, en el más grave y urgente de los problemas nacionales. Padres de familia, eclesiásticos, profesores, técnicos, profesionales y políticos han escrito y hablado con acierto, mil veces, sobre este problema crónico de nuestra educación. Se conocen ya sobradamente las causas del mal y todos sus remedios posibles, a tal punto que escribir algo más sobre él hace la impresión de caer en la trampa de seres misteriosos, torpemente interesados por convertir la más vital de nuestras necesidades, en un sutil problema de gabinete. Tales "seres misteriosos" productos conscientes o inconscientes de las logias, en realidad más astutos que misteriosos, parapetados en algunos partidos políticos, en el Ministerio y en la misma educación, se defienden sabiamente. Plantean para entretener a la opinión pública que se agita desesperadamente, los puntos más accidentales, más difíciles y más discutibles del problema, y llegan a veces en su audacia, a perpetrar una reforma educacional que, por lo precipitada, superficial y parcial, se transforma en un verdadero parto de los montes...

Este año "la temporada educacional" prometía estar verdaderamente interesante, desde su principio los aficionados y profesionales demostraron un gran interés por el juego del bachillerato; hoy, el interés ha llegado a su punto culminante, pues: cuando todo parecía predecir un triunfo neto a favor de la enseñanza secundaria, la vieja pluma del profesor Galdames ha venido a dar a la Universidad si no el triunfo, a lo menos un merecido empate en la partida educacional de 1937. Declaro que sin el menor deseo de hacerles el juego a estos señores, voy a hacer un rápido examen de este documento del señor Galdames, para indicar solamente cuales son, a mi juicio, las causas próximas más fundamentales de las dificultades que él plantea.

1.—Los resultados en las temporadas últimas de exámenes para el bachillerato indican con cifras "que más de la mitad del número de candidatos que se sometieron a las pruebas no logró el éxito a que aspiraba". ¿Cuál será la causa principal de este repetido fracaso? Para encontrarla

hay que tener presente algunos detalles muy decisivos: a) dice don Luis Galdames: "Que las notas que los aspirantes al bachillerato traen de sus respectivos colegios son por lo general más que suficientes"; b) "Que así como hay Liceos o Institutos del Estado cuyos ex-alumnos o ex-alumnas han merecido aprobación en su gran mayoría, otros hay en que de cada diez han obtenido buen éxito no más de uno o dos, y otros hay aún en que el fracaso ha sido total. Las mismas anotaciones pueden hacerse respecto a los alumnos de ambos sexos, procedentes de colegios particulares"; c) y que el bachillerato es una prueba con fines universitarios. Estos detalles hacen pensar que la causa principal del fracaso está en la misma prueba del bachillerato y no precisamente en la enseñanza secundaria. El bachillerato en su forma actual es una prueba estrictamente de carácter y criterio universitario. La educación secundaria no puede ni debe tomar ese carácter universitario, ni ese criterio para calificar a sus alumnos. Si a sus alumnos, pues, se les examina con otro espíritu, fracasarán naturalmente en su mayoría, y los que triunfen, más que a una base sólida de formación personal, deberán ese éxito a causas completamente fortuitas, que convierten al examen del bachillerato en una verdadera lotería. Así es fácil explicarse el fracaso, la incongruencia y la diversidad de los resultados. La conclusión lógica, que de todos modos se impone, es la siguiente: al término de la enseñanza secundaria, sólo se puede conceder con base justa, una licencia secundaria que acredite la formación humana, física, moral e intelectual del alumno frente a la vida, y nada más. Por su parte la Universidad tiene derecho a preparar y seleccionar a los alumnos según las exigencias de cada facultad; para este fin puede crear cursos pre-universitarios y conceder al término de ellos el título de bachiller, que tendrá toda su razón de ser como prueba de carácter estrictamente universitario. Lo que en ningún caso conviene es deformar la enseñanza secundaria sometiéndola a la universitaria o deformar la enseñanza universitaria sometiéndola a la secundaria.

2.—Una licencia secundaria inteligentemente concedida sería al mismo tiempo un buen índice del estado de esa misma enseñanza. El documento del señor Galdames establece que la prueba del bachillerato, a pesar de ser positivamente un examen universitario, en su forma negativa ha podido "constatar sensiblemente que la prueba de filosofía e idiomas se resiente por lo común, no de conocimientos precisamente, sino de una falta de sentido lógico para ordenar y exponer las ideas y de una incoherencia que, en muchos casos resulta desconcertante. Todo esto, aparte de una pobreza de léxico y

de una ignorancia a veces supina, de la sintaxis del idioma propio". "Se relacionan muy de cerca estas faltas con las pruebas de la mención especial de historia y letra, a las cuales no llegan, porque ya han fracasado en la prueba general, sino aquellos que han mostrado relativa preparación y capacidad. Sin embargo, todavía hay en esas pruebas alrededor de un 18% de fracasados: sea en castellano porque no han tenido noticias de la gramática; sea en literatura, porque nada han leído seriamente; sea en la historia o en la Instrucción Cívica, porque la simple memorización no les ha permitido asimilar ningún concepto seguro; sea, por fin, en geografía, porque no han aprendido más que nombres, sin mayor discernimiento sobre la ubicación y las características de los lugares de que se trata, etc..." Estas afirmaciones del señor Galdames son interesantes porque aunque no alcanzan ni al 50% de los fracasados, sin embargo, son de tal magnitud, en lo referente a la formación humana, que manifiestan con evidencia, que la enseñanza secundaria está lejos de cumplir perfectamente con su finalidad. No es este el caso de estudiar una vez más, las causas próximas que menoscaban esta enseñanza: a saber, la falta de una filosofía verdadera y total de la vida que la informe y preste cohesión y organización a sus partes, la mala distribución de las materias, la excesiva extensión e inestabilidad de los programas, las deficiencias del profesorado, "la insuficiencia de la experimentación y de los ejercicios prácticos, etc." Pero es oportuno recordar que el mismo señor don Luis Galdames, hoy Decano de la Facultad de Filosofía y Educación; en el Congreso Nacional de Educación Secundaria de 1912, decía: "En el curso de los estudios han ido quedando, después del Primer Año de Humanidades, el 30% de los alumnos en rezago; después del Segundo, otro 30%; después del Tercero, un 10% más, y así sucesivamente, hasta que apenas el 10% de los que empezaron terminan su Sexto Año y se hace bachiller. De ese modo, sólo en estos últimos el plan se realiza plenamente, sólo estos últimos llegan a ser los depositarios de todos los conocimientos que proporciona el Liceo. Los otros noventa niños que de cada ciento han salido a luchar brazo a brazo por la vida, se llevan un conjunto de nociones que en su mayor parte olvidan, y que aún cuando no quisieran olvidar y hayan conseguido retener — rara avis — pocas veces son las que apreciables servicios les prestan en sus diarios afanes por la subsistencia". Semejante afirmación de estadística educacional hace en 1932 el profesor doctor Moisés Musa en su cuaderno titulado: "Nuestro Problema Educacional". "Comienzan, dice, sus estudios primarios más o

menos 454.208 niños. De ellos el 47,5% terminan solamente el Primer Año; 23,5% el Segundo; 15,5, el Tercero; 8 el Cuarto; 3,5 el Quinto y 2% el Sexto. Por término medio cada profesor debe atender a 47 alumnos. Únicamente el 3,2% de nuestra población escolar se dedica a las actividades económicas. Los 49.291 alumnos de los Liceos forman un 8,3% de la población escolar primaria y los universitarios un 0,5%. De los alumnos secundarios, 25,5% se retiran con el Primer Año rendido; y esta cifra se va reduciendo gradualmente hasta que cursan toda la educación media sólo un 8,2%. Sostiene este porcentaje el elemento femenino. En los Liceos de hombres es mucho menor. En 1934 se ha declarado que de 80.000 alumnos han fracasado más de 48.000; o lo que es lo mismo tenemos un 4% de aprovechamiento y un 96% de rezagados. Hoy día según he podido saber en el Ministerio, las estadísticas aunque todavía incompletas, no adelantan ninguna señal de mejoría sobre las de 1934. Todas las cifras últimas nos revelan pues un trágico balance de nuestra segunda enseñanza, que cada seis años comprueba matemáticamente que, de cada cien niños entregados a su custodia pierde en el camino noventa y ocho jóvenes sin suficiente formación para la vida. Es necesario de una vez por todas acabar con el tipo irracional único de Liceo actual, y sin desvirtuar el fin de la enseñanza secundaria (educar para la profesión de hombre), y con preferencia por la formación humanística, dar también lugar al desarrollo de las vocaciones técnicas y científicas.

Sin embargo, todos estos males obedecen a causas más fundamentales muy difíciles de remover. Mientras se haga en Chile del problema educacional una cuestión de predominio político de partido, de secta o religión que necesite de la actual dictadura educacional, como baluarte; mientras todo el régimen educacional sobrelleve el tremendo vicio de su origen bastardo, usurpador del derecho natural de los padres, del Estado y de los profesionales y del derecho divino de la Iglesia, toda reforma importante, si llegare a realizarse algún día, será incompleta, inestable e ilegítima.

Armando Roa Rebolledo

Descartes proyectado en el tiempo

Si después de estudiar honradamente la historia de la Edad Media y de los tiempos modernos quisiéramos establecer la diferencia radical que existe entre ambas, deberíamos concluir que ella reside en última instancia en el grado de sabiduría que han alcanzado. En efecto, la Edad Media fué esencialmente metafísica porque supo encontrar la realidad última y más profunda de todas las cosas, y porque llegó con sus santos y genios incomparables a la verdad, a la cual en vano aspiran los modernos. Supo por eso construir una cultura en la cual Dios es el centro y el hombre jira a su alrededor, dependiendo su perfección de la medida en que logra substituir su propio yo por el de Dios mediante el auxilio de la gracia divina.

Los tiempos modernos son esencialmente criteriológicos; han aflorado a la superficie olvidando después el método necesario para sumergirse y han estado así desde el Renacimiento, preguntándose incesantemente, si el hombre puede alguna vez llegar a la verdad. En este sentido también se diferencian de los tiempos antiguos, porque entonces, después de largas tentativas se logró también alcanzar el conocimiento metafísico, y la sublime sabiduría griega de Platón y Aristóteles sólo pudo ser superada por San Agustín y Santo Tomás de Aquino, el genio cumbre de todos los tiempos.

De tal modo, que si queremos conocer los motivos profundos del desgraciado espíritu moderno que ha engendrado entre otras cosas: el nacionalismo, el imperialismo, las guerras económicas, la explotación del hombre por el hombre, debemos ir al terreno en que está colocado, esencialmente crítico como ya lo dije y tratar además de estudiar el origen histórico que él tiene.

Dos figuras centrales encontramos en los comienzos del mundo moderno: LUTERO y DESCARTES.

La caída de la vida sobrenatural producida durante los siglos XIV y XV provocó la Reforma Luterana, primer paso que se daba hacia el reinado del Yo. Lutero proclamó la corrupción radical de la naturaleza humana después del pecado original y la absoluta ineficacia de la Gracia Divina para elevarnos. Con esto rompía el contacto que desde el advenimiento del Cristianismo había tenido el hombre con Dios,

encerrándonos en el Yo y preparando así el terreno al futuro liberalismo. Además como, según él, nuestra naturaleza está corrompida, nuestra razón es incapaz de llegar a la verdad, siendo la filosofía y las ciencias un burdo engaño. Sólo se debe obrar sin conocer.

Se iniciaba así también el reinado de la voluntad, o de la superficialidad moderna, librándose así el hombre de la penosa tarea de pensar, lo que tanto halaga a la decadente burguesía de nuestros días. Para desgracia de la humanidad, empezaba a ponerse en el horizonte la figura gigantesca de Santo Tomás de Aquino de quien ha dicho Chesterton con justicia, que “no sólo se adelantó a su época, sino que va muchas épocas adelante de la nuestra”.

Producido el error en el terreno religioso, que es el primero y más importante de todo, no tardaría en reflejarse en el terreno filosófico, que le sigue en importancia, informando toda la vida natural del hombre. En efecto, en 1637, Descartes publicaba su “DISCURSO DEL METODO” en el cual plantea definitivamente el problema crítico, que como espada de Damocles no dejaría en paz en lo sucesivo al mundo moderno. Es por eso que los pueblos no han podido permanecer impassibles ante el tercer centenario de esta obra capital y al conmemorarlo han querido sumirse un instante en la meditación profunda de los acontecimientos que ella ha originado en estos 300 años. Lo mismo queremos hacer nosotros recordando someramente la doctrina cartesiana y su proyección a través de los siglos.

Antecedentes históricos.

Resucitado en el siglo XIV el Nominalismo por GUILLERMO DE OCCAM se ponía fin al corto pero glorioso reinado del realismo de SANTO TOMAS DE AQUINO que había conducido a la sabiduría a su más alto grado de profundización y se iniciaba así la decadencia de la escolástica, corriendo la misma suerte que otrora tuviera la gran sabiduría griega de PLATON y ARISTOTELES.

La doctrina Nominalista sostiene que por un lado no existen ideas en la mente representando las esencias de las cosas, sino solamente imágenes y por el otro lado, que en la naturaleza sólo existe una colección de individuos, sin que sea posible establecer un nexo específico entre ellos. Con este sistema se está ya al borde del escepticismo, porque además de negar la metafísica, niega las mismas ciencias particulares. Para aclarar esto tomemos un ejemplo; la biología es-

tudia las manifestaciones de los seres vivos en general; no le interesa a ella el animal A o el B y sus conclusiones se extienden a todos ellos; pero si entre estos seres vivos no hay ningún lazo de unión y son radicalmente distintos, no es posible la ciencia biológica. Esto mismo podemos decir de las demás ciencias.

Carente el pensamiento filosófico en dicha época de inteligencias penetrantes, que pudieran restaurar el sublime realismo de la filosofía perennis, empezó a desenvolver los gérmenes que se ocultaban en la escuela de Occam.

NICOLAS DE CUSA, a quién se considera como el precursor más ilustre del Renacimiento, continuó la obra Nominalista. Debemos sí reconocer su gran admiración por SANTO TOMAS, cuya escuela trató de restablecer. Desgraciadamente ni él mismo lograba darse cuenta hasta dónde estaba influenciado por las nuevas ideas. Así sostuvo que la verdad considerada en sí misma no puede ser alcanzada por el hombre, porque excede a todas sus facultades de conocimientos. Según él, todo nuestro arsenal científico no pasa más allá de la simple conjetura, la sabiduría más grande que puede alcanzarse es la "DOCTA IGNORANCIA", es decir, saber que la verdad en sí misma no es ni puede ser adquirida por el hombre. Fué el primero en negar el principio de contradicción, que según él es sólo evidente para nuestra razón inferior, pero no para nuestra inteligencia superior.

Iniciado ya el Renacimiento, vino la admiración por todo lo antiguo; Platón y Aristóteles volvieron a ser restaurados, pero, no hubo nadie que fuera capaz de comprender la verdadera esencia de aquellas doctrinas, las que frecuentemente se confundían con las de Plotino, Porfirio, Averroes, Avisenna, etc. surgiendo así tal cantidad de direcciones nuevas, que es casi imposible seguir las.

Esto, sumado a las teorías ya expuestas de Guillermo de Occam y Nicolás de Cusa, terminó lógicamente con el escepticismo que abarca los siglos XVI y parte del XVII. Contribuyeron a su prestigio los descubrimientos geográficos que señalaban como erróneas concepciones que hasta entonces se consideraban inviolables, las nuevas teorías de Copérnico, Kepler y Galileo que echaban por tierra la física aristotélica; los descubrimientos de Harvey Vesano y Servet en la medicina que abrían amplios horizontes, etc., etc. Además los favorecían la amplia brecha que en los espíritus abría el luteranismo con su egocentrismo y voluntarismo que forzosamente llevaban al ateísmo.

GIORDANO BRUNO, lanzaba por entonces su doctrina panteísta, pero tenía más base poética que metafísica, por lo

cual no hacía escuela; y las atrevidas especulaciones del dominico TOMAS CAMPANELLA no tenían la savia y fuerza suficiente para ordenar el caos que se cernía sobre el universo.

Es en este ambiente, donde obrará ejerciendo una influencia profunda el genio de RENATO DESCARTES.

Los Fundamentos del Cartesianoismo.

Dispuesto el joven filósofo a concluir con las teorías escépticas y a cimentar sobre base duradera los conocimientos humanos, inicia sus investigaciones, que habían de dar por resultado este gigantesco edificio del cual saldrán todos los acontecimientos modernos.

Antes de conocer nada, dice él, es preciso cerciorarse de si en realidad podemos tener certeza de que lo que conocemos es verdadero. Mis sentidos, dice, me han engañado muchas veces; en mis sueños he creído firmemente ser el héroe de una serie de aventuras que después resultaron irrealles. Por lo cual el criterio más seguro es dudar de su testimonio. La razón también me ha engañado en innumerables ocasiones y mientras he permanecido en el error he creído firmemente que él es la verdad; por eso dudo también de la veracidad de su conocimiento. Bien pudiera haber un genio maligno que se entretuviera engañándome, por eso dudo de todo, aún de los primeros principios. Pero hay algo de lo que no puedo dudar y es de mi duda; si dudo, pienso; si pienso, existo: "COGITO ERGO SUM", tal es la única certeza evidente que tengo después de haber arrasado con todo el contenido de mi inteligencia.

Pero si nos quedamos aquí iríamos a dar al solepcismo, doctrina que sostiene que lo único que se puede conocer es el Yo. Afortunadamente, si miro con atención mi inteligencia, veo que tengo la idea clara y distinta de algo infinito. Como esa idea no pudo ser producida por algo finito, puesto que nunca el efecto puede ser superior a la causa, ya que nadie puede dar lo que no tiene, es necesario que haya sido producida por un ser infinito, Dios. Ahora un ser infinito tiene que ser la infinita bondad y no pudo engañarnos, por consiguiente, al crear las cosas y las ideas que de ellas tenemos. Luego las ideas claras y distintas acerca de una cosa, corresponden realmente a la naturaleza que esa cosa tiene en el mundo externo. Cuando erramos es porque asentimos voluntariamente con suma ligereza a dar juicios sobre cosas que no vemos "clara y distintamente".

Así quedaba rehabilitado el hombre para conocer, y por medio de un puente sumamente débil que no tardarían en arrasar la impetuosidad de sus discípulos, quedaba unido el Yo con el No-Yo.

Se hace necesario aquí reconocer dos méritos de gran importancia a Descartes. Es el primero, el plantamiento explícito del problema crítico que adquiriría así personalidad reconocida dentro de la filosofía. Es el segundo, el rechazo del principio de autoridad que algunos pensadores decadentes ostentaban como el último baluarte del saber. Descartes expresó con firmeza: "no admitir cosa alguna como verdadera, sino a condición de ser conocida su verdad con evidencia por nuestro pensamiento".

No significa esto que el plantamiento de estos postulados fuera de su exclusiva originalidad. Por el contrario, el problema del conocimiento había preocupado intensamente a los grandes escolásticos; los Universales habían sido el blanco de un fuego vivísimo durante toda la Edad Media y hombres como ABELARDO, SAN ANSELMO, SANTO TOMAS, DUNS ESCOTO, GUILLERMO DE CHAMPEAUX, habían dedicado sus mejores momentos a su solución. En cuanto al principio de autoridad, siempre había sido moderado en dicho época. El gran valor de Descartes, estriba en haber explicitado la importancia de estos hechos en el armazón filosófico, importancia que habían perdido en los siglos que siguieron al florecimiento de la escolástica.

Influencia de Descartes

en la Historia.

Dios se mantuvo como garantizador de nuestra ciencia, todo el tiempo que la Religión pudo mantenerlo. Pero pronto con el racionalismo siguiente fué eliminado, ya que su papel por más que útil era forzado y su misma existencia era una quimera dentro de la concepción Cartesiana. Spinoza, su primer gran discípulo, le quitó la personalidad y lo transformó en una Substancia dotada de extensión y pensamiento, identificándolo con el mundo físico; los racionalistas de las luces fueron más allá, le quitaron hasta el nombre para dejar al hombre frente al Universo.

El orden político y social que no es más que un reflejo del orden religioso y metafísico fueron también influenciados fatalmente por el cartesianismo.

Desaparecido Dios, el hombre quedaba completamente li-

bre: sin relaciones con el exterior ya que su razón nada podía garantizarle, quedaba independiente de sus demás hermanos, sin el menor vínculo con ellos. Lo lógico era entonces establecer un régimen en el cual los hombres fueran completamente libres e independientes y en donde el Estado fuera un mero guardián; así nació el liberalismo que fundamentaron en forma maestra: ROUSSEAU, VOLTAIRE, MONTESQUIEU, DIDEROT, y los economistas del siglo XVIII, todos admiradores tan entusiastas del autor del "Discurso del Método".

Esta doctrina nacida como todas en cuna aristocrática, invadió rápidamente al pueblo y la Revolución Francesa la consagraba definitivamente como la conquista suprema del género humano.

Pero las consecuencias que podían desprenderse del Cogito no llegaban hasta aquí, y la humanidad debería apurarlas hasta las heces.

Derivación del Fascismo

y del Socialismo.

MANUEL KANT, que veía el escepticismo como algo inevitable, quiso detenerlo y para eso oponerse a la concepción del Cogito como un puro hecho de conciencia desprovisto de conocimientos; trató entonces de relacionar al hombre con el mundo como en los tiempos de Santo Tomás, volviendo a valorar a la experiencia y a la razón como fuentes de conocimientos; pero el virus idealista ya había invadido su pensamiento y la tentativa abortó en el comienzo; en efecto vuelve a considerar el Cogito provisto de ciertas formas o categorías naturales que necesariamente aplica a los datos que le vienen de los sentidos. Con esto nuevamente se quedaba, bajo otras apariencias, en el innatismo Cartesiano. Sin embargo, su tendencia a considerar al Cogito provisto de ideas tendría consecuencias formidables para la sociedad moderna.

JUAN FICHTE, su primer discípulo y el más ilustre de los subjetivistas, afirmó que si el hombre produce sus ideas y éstas representan al mundo que conocemos, es el hombre el que produce al mundo ya que las cosas existen porque las conocemos, porque si no las conociéramos sería como si no existieran. Como nuestro entendimiento puede crear infinitas ideas y por lo tanto infinitas cosas, es Supremo Creador, es Dios. De ahí, su famosa teoría de identificar al hombre con

Dios y su tan célebre LEY DIALECTICA de la tesis, la antítesis y la síntesis que tanta aplicación ha tenido en nuestros días.

FEDERICO GUILLERMO HEGEL, siguiendo adelante vió no sólo que nosotros creamos al mundo con nuestras ideas, sino que nosotros mismos no somos más que una IDEA. Esta idea es en un principio algo indeterminado que es y no es simultáneamente y por medio de la ley dialéctica da origen sucesivamente a los minerales, vegetales, animales, hombres, Estados y Dios.

De aquí salen el fascismo y el socialismo contemporáneos.

Como para Hegel, el Estado es un período evolutivo de la idea que está por sobre el hombre, y lo lógico es que lo inferior se subordine a lo superior, los fascistas han deducido que el hombre debe subordinarse ciegamente al Estado que es omnipotente y Dios sobre la tierra. Pero el Estado por ser una idea abstracta debe, para hacerse respetar, encarnarse en un hombre, que es entonces su legítimo representante; Dios y hombre. Tal es entonces la noción de Jefe que es así el supremo jerarca de los pueblos, eslabón entre los cielos y la tierra.

Por otra parte, cada Estado es una evolución de la idea con características específicas, diferentes a las de otros Estados; por eso cada nación debe tener religión, costumbres, moralidad, etc. exclusivamente suyas. Debe haber pues un nacionalismo estricto; nada de religiones o costumbres universales que van contra el verdadero origen del Estado y tratan de igualar razas o pueblos en que la Idea tiene distinto grado de desarrollo. El naciismo alemán, en nuestros días ha llevado a la práctica las conclusiones que se han deducido de las teorías del gran filósofo de Stuttgart. Y eso que hay todavía quienes creen que la filosofía no tiene relación alguna con los acontecimientos reales de la vida.

Por otra parte, también se ha originado del Panteísmo Hegeliano, el Marxismo. CARLOS MARX, discípulo distinguido de Hegel, quiso salvar al mundo de los estragos que ya hacía el liberalismo, acudiendo a la doctrina de su ilustre maestro. Viendo que lo más real no era la Idea sino que la materia o la economía, hizo un sencillo cambio substituyendo a la una por la otra y conservando la Ley Dialéctica y todo lo demás.

En un principio existe sólo la materia indeterminada que evoluciona por medio de la Ley Dialéctica dando origen a los diferentes períodos de la historia. Haciendo una aplicación de esta teoría a su tiempo, siglo XIX, dijo lo siguiente: por un lado existe un capitalismo poderoso, tesis. Por el otro,

un proletariado indefenso, antítesis. Esto origina la Lucha de Clases, que cesará cuando evolucionando la economía necesariamente se produzca la síntesis, o sea, la igual repartición de las riquezas.

También cimentado en un ambiente subjetivista, liberal y aún escéptico, el Socialismo hizo rápidos progresos hasta alcanzar el grado que hoy ostenta. El es lógico y verdadero si se acepta a Hegel, a Kant y a Descartes. Si queremos destronarlo es a la filosofía donde debemos acudir, demostrando su base absolutamente falsa y no a los discursos, asambleas o confabulaciones armadas, que no hacen más que demostrar la impotencia de los que hacen uso de ellos y la verdad de los adversarios.

La última aventura del Cogito Cartesiano es el Anarquismo. Si sólo puedo saber que pienso y existo, dicen los anarquistas, no tengo por qué relacionarme con nadie, ni menos obedecer a autoridad alguna. Soy dueño entonces de hacer lo que quiera y todo obstáculo, aún cuando sea para hacer respetar los derechos de los otros es absurdo, ya que ni siquiera sé, si existen fuera de mí.

La atomización absoluta es la consecuencia de la filosofía de Descartes; el hombre deja ya de estar insertado en un sistema orgánico, o en el único posible con CRISTO como centro y la GRACIA como sabia vivificadora; el Cogito deja al hombre sumido en la desesperación y el llanto, anhelando algo imposible con su corazón y luchando perpetuamente con su razón que le dice que más allá del Yo está la nada, y que le hace ver que no puede recibir auxilio de nadie estando irremediablemente perdido en la soledad ignota del vacío. Don MIGUEL DE UNAMUNO con su ingenio desbordante ha podido pintar en forma maestra, en su obra cumbre: "Del Sentimiento Trágico de la Vida" la tragedia del hombre moderno, que aspira con el sentimiento a ser inmortal y cuya razón le presenta como fin supremo el no ser.

Verdadera Posición

del Problema Crítico.

A través de estas líneas se habrá visto ya, que toda la historia moderna ha sido profundamente influenciada por una pésima solución del problema del conocimiento; es por eso que quiero terminar insinuando en dos palabras la verdadera posición de la crítica.

Frente al problema del conocimiento podemos colocar dos

hipótesis de trabajo: Dudar de antemano de la veracidad de nuestras facultades, o aceptar provisoriamente esta veracidad para en seguida criticarla.

La DUDA UNIVERSAL es absurda, porque implica la constante afirmación de la duda o sea de una verdad; porque es verdadero que dudo, aunque dude de la duda de mi duda. Como nos es imposible dejar de pensar mientras estemos vivos estaremos constantemente frente al absurdo de negar y afirmar algo simultáneamente. Además criticar algo es juzgarlo de acuerdo con su naturaleza y por lo tanto criticar el conocimiento es criticar las facultades intelectuales con su contenido; si las vaciamos previamente ¿qué vamos a criticar?

Lo lógico entonces es empezar por la otra hipótesis o sea, aceptar provisoriamente la veracidad de nuestras facultades. Empezaremos pues conociendo directamente y sólo después reflexionaremos sobre su verdad. En esta reflexión iremos absteniéndonos metódicamente de juzgar sobre todo lo que nos parezca dudoso, procediendo en esta forma a hacer el inventario de lo adquirido. En este camino retrógrado, por muy radicales que seamos seremos bruscamente detenidos por la evidencia de los axiomas, sobre todo por la de aquellos que reciben el nombre de primeros principios por ser el fundamento de los otros: los principios de identidad, lo que es, es, y de contradicción, una cosa no puede ser y no ser bajo el mismo respecto.

La evidencia de estos principios no es algo ciego, sino que por el contrario su verdad se nos impone por una luz que sale del mismo objeto conocido. Sería tan absurda su falsedad que necesariamente debemos reputarlos verdaderos. Con esto tenemos asegurada la veracidad de nuestros juicios que en ellos se fundamentan en último extremo.

Que el objeto conocido nos viene también de afuera es algo evidente. Nos basta con analizar la idea de verdad para llegar a esta conclusión. La verdad lógica es la adecuación del entendimiento con la cosa. Si esta cosa es producida por el mismo entendimiento sin venir de afuera caeríamos en vacíos absurdos: primero, todas las ciencias serían psicología, ya que podríamos construirlas estudiando introspectivamente nuestro propio Yo, porque él produce todos sus objetos. Segundo, sería inexplicable el error, ya que sería como que nuestro Yo no se identificara exactamente consigo mismo, puesto que todo error viene por falta de conocimiento exacto de la cosa. Tercero, nuestro Yo es contingente y las relaciones de su juicio son necesarias ¿cómo se explicaría esto? Cuarto, caeríamos en el panteísmo egoístico de Fichte, por-

que si creamos nuestras ideas y todos los seres se identifican con ellas podemos crearlos todos y somos infinitos o sea Dioses.

Además el conocimiento en el cual encuentra su fundamento la verdad es según Santo Tomás: "devenir a lo otro en cuanto otro", de tal modo que sin un objeto extramental todo conocimiento es imposible. Claro que no negamos que además del factor objetivo interviene uno subjetivo, ya que la unión del entendimiento con el ser es inmanente e inmaterial sin haber mezcla de ninguna especie; por eso se explica no sólo la verdad sino que también el error.

Cansado hoy el hombre de tantos errores, siente horror a la filosofía porque no le ha proporcionado más que angustias y contradicciones; no quiere tampoco creer ya en la verdad; ésta, es siempre única e inmutable y sin embargo la filosofía moderna presenta tantas verdades como filósofos ha habido. Si él entiende por filosofía solo el pensamiento POST-CARTESIANO, estamos de acuerdo; pero debemos recordarle que fuera de los modernos ha habido otros pensadores en otras épocas. Uno de ellos, el más grande de todos, SANTO TOMAS DE AQUINO, llegó a la suprema verdad. Si se quiere un testimonio histórico de esto nos bastaría decir que dentro del progreso en profundidad que ha experimentado el TOMISMO ha permanecido inmutable, y conste que entre sus discípulos ha tenido a genios de los más ilustres que pueden honrar a la humanidad. Baste citar los nombres de CAYETANO, SUAREZ, BAÑEZ y JUAN DE SANTO TOMAS. Hoy JACQUES MARITAIN, tiene la osadía de mostrarlo al mundo como su postrer y única salvación.

Maritain, considera a Santo Tomás, como un santo apocatastásico o sea que tendrá como Cristo una segunda vida. Los hombres ya saben hasta dónde puede llegarse con el pensamiento Cartesiano y deben hacer penitencia para elevar la vida sobrenatural y permitir así la restauración del gran maestro de la Edad Media.

Contradicciones que son síntomas

AL MARGEN DE LA POLITICA MONETARIA FRANCESA

Es relativamente fácil concebir programas más o menos completos destinados a realizarse en el campo político, social o económico. Son hoy día muchos los "sistemas", las "fórmulas" de solución total de los problemas que caracterizan la vida social de nuestro siglo, y por ellas se lucha denodadamente, no sólo en los parlamentos y urnas electorales, sino que aun en los campos de batalla. Fácil es concebirlos, pero... otra cosa es realizarlos. El proceso de adaptación a un pueblo y a sus instituciones de una determinada concepción de la sociedad y del hombre, es necesariamente lento y difícil, sobre todo en nuestros tiempos, dada la infinita complejidad de la vida en sus múltiples aspectos. Y de ahí que el verdadero estadista no es el iluso que cree poder realizar, de la noche a la mañana, la transformación total que él cree solución, sino aquel que, sin perder de vista el plan de conjunto y el objetivo final que persigue, sabe adaptarse a la realidad de cada momento. "El verdadero hombre de Estado, o, sin emplear un término de tanta magnitud, simplemente el hombre político fiel a su deber, es aquel que se esfuerza por dominar por el pensamiento el conjunto de una situación, que trata de confrontar y relacionar con ella los diferentes datos, y que trata también, en la medida de lo posible, de proyectar en el futuro esos datos suministrados por la situación presente". Esta frase, pronunciada por León Blum ante el parlamento francés, ha querido ser una justificación de su propia actuación.

Jefe de un gobierno del Frente Popular, se ha visto obligado, en estos últimos meses, a adoptar una serie de medidas financieras en apariencia completamente opuestas a la doctrina de avanzada izquierda que su partido y sus electores representan. Abocado su gobierno, en primer lugar, a una tensión creciente del problema obrero, su primer objetivo fué buscar a éste una solución. Ya en otro artículo nos hemos referido al acuerdo "Matignon" y a las leyes que le sucedieron, a la gravedad de la crisis social por la que Francia atraviesa, y a la solución transitoria alcanzada por el gobierno, tras largas huelgas y disturbios. Las medidas que se arbitraron: semana de cuarenta horas, nuevos gravámenes socia-

les sobre el capital, etc., unidas a la paralización de gran parte de la producción durante los conflictos, necesariamente provocaron un alza en el precio de costo de los diferentes productos, alza que, fuera de encarecer la vida, anulando prácticamente el mejoramiento obtenido en los salarios, ha repercutido sobre la exportación, colocando a los productos franceses en condiciones desventajosas frente a productos de otras naciones, elaborados a más bajos costos. Y esto ha acarreado necesariamente, tanto el desequilibrio de los presupuestos, como el desequilibrio en la balanza comercial y la correspondiente emigración del oro.

Conseguida una tregua en las luchas sociales mediante el acuerdo "Matignon", hubo de encararse el problema monetario, y en él se ensayó, primero, siguiendo a Inglaterra, Estados Unidos y a otras naciones, el procedimiento de bajar el franco; en seguida, tratando de evitar la salida de los capitales, se estudiaron prohibiciones a la exportación del oro y control de cambios. Pero todo ello sin lograr contener el desequilibrio financiero creciente. El déficit en la balanza comercial, que en 1936 era de 9,9 millardas, alcanza en Enero de este año a 1,5 millardas, prometiendo por tanto ser, para el año completo, superior a 15 millardas. En la sola primera quincena de Febrero se registra una salida de oro igual a 2,6 millardas, y el costo de la vida sigue subiendo, hasta alcanzar en algunas regiones, como el departamento del Sena, un aumento de un 20 % en los últimos meses.

En estas condiciones, decreta el gobierno francés, a fines de Febrero, un período de espera, es decir, se detiene el proceso de las reformas sociales buscándose entre tanto los medios de solucionar el problema financiero. Explica León Blum ante el Congreso: "pensamos que es indispensable un período de estabilidad, tanto para que podamos reconocernos como para llegar a la normalidad de los precios". Y en cuanto al problema monetario, se consigue un empréstito en Londres, se alza aun más la tasa de descuento, se envía al Congreso un proyecto de ley sobre transacciones ilícitas.

Pero a pesar del compás de espera en el campo de las reformas sociales, el proceso de desequilibrio continúa, y muy pronto la oposición, aprovechándose de la incertidumbre del gobierno, emprende la ofensiva solicitando la formación de un gobierno de "unidad nacional". Se impone una solución a corto plazo, y el Consejo de ministro acuerda por último, como el mejor recurso, prescindir de las medidas de estabilización y control, reestablecer la libertad de comercio del oro, disminuir los gastos fiscales y emitir un empréstito interno de defensa nacional.

Semejantes medidas, y con razón, causan el mayor asom-

bro. ¡Un gobierno del Frente Popular, partidario de la estatización, de las medidas represivas y del control monetario, defendido y propiciado en repetidas ocasiones, bruscamente cambia de rumbo y decreta una vuelta a las normas liberales! En nuestro tiempo, en que sólo se habla de economía dirigida y se experimentan toda clase de sistemas de control monetario, la actitud de Blum no podía menos de causar extrañeza. Para la derecha, era la confesión por parte del gobierno de su fracaso; la extrema izquierda creía ver una traición a los principios; según la *Koelnische Zeitung* era una prueba del fuerte arraigo que en Francia tiene la doctrina liberal; los diarios italianos la consideraron una hábil maniobra de Blum tendiente a congraciarse con los capitales, y por último, para otros, era prueba de un gran realismo político.

En una palabra, la resolución ha causado asombro. Atacado el Gobierno en el Parlamento por sus manifiestas contradicciones doctrinarias, se ha defendido Blum sin negarlas, pero asilándose en las realidades económicas. "Es muy posible que nuestra acción sea contradictoria con ella misma. En un período de transición como el nuestro, consideramos que todo es contradictorio... Para no citar otros ejemplos, y sin ir más lejos, es difícil hacer coexistir una obra atrevida de reformas sociales con un esfuerzo intensivo armamentista. Son contradicciones que la política debe resolver. Pero, a medida que las resuelve, se crean otras, y finalmente, su misión es acomodarse a ello". A pesar de los ataques, la suscripción del empréstito tuvo gran éxito, permitiendo así al gobierno detener por un tiempo el proceso de desequilibrio social y económico.

Cualquiera que sea el resultado final de la política adoptada por el gobierno francés, ella entraña hechos de sumo interés, y que se desprenden de lo expuesto. En primer lugar, como decíamos más arriba, no es tan fácil aplicar desde el gobierno un programa, por muy claro y preciso que sea en las ideas. El estadista se verá a menudo obligado a retroceder, a enmendar lo hecho, a probar por nuevos caminos, a caer en esas "contradicciones" que se han achacado a Blum y que en realidad no son tales "contradicciones", sino simplemente tentativas hechas siempre por nuevos caminos, diferentes unos de otros, pero todos ellos convergentes al mismo objetivo final.

El segundo lugar, es de sumo interés esta vuelta al liberalismo financiero. ¿Cuáles irán a ser las consecuencias? Difícil es predecirlo; por ahora ha dado buenos resultados en cuanto parece haber reestablecido la confianza, factor tan importante en cuestiones monetarias, y la mejor prueba está en el éxito del empréstito.

Todo hace creer sin embargo que se trata únicamente de una medida transitoria, exigida por los hechos como medida de urgencia. De todas maneras la experiencia francesa en materia de dirección de la moneda comprueba, eso sí, la relatividad de semejantes medidas cuando no son tomadas dentro de un sistema general de organización y dirección de la economía.

REC

Es la publicación que no ha de faltar en las manos del joven universitario.

Sintetiza en pocas páginas el pensamiento y la acción.

El problema económico chileno y la opinión de los técnicos

Existe en estos momentos verdadera preocupación por nuestra actual situación económica. Se constata con inquietud el alza progresiva de los precios y la dolorosa repercusión que ella tiene en el costo de la vida del pueblo trabajador. Se habla del desorden de la vida económica agrícola; se señala por algunos como medida indispensable revalorizar la moneda, por otros instaurar la más completa libertad económica y, en fin, por un tercer sector el dar a la economía chilena una dirección de conjunto por medio de un Consejo de Economía Nacional en que se encuentren congregadas las fuerzas del trabajo, del capital y de la técnica.

El problema no puede ser de más actualidad y su solución de más urgencia. "Estudios" así lo ha comprendido y en su deseo de aportar a sus lectores un conocimiento más detenido acerca de tan compleja materia, ha solicitado de los economistas de las más apartadas tendencias su opinión libre y franca al respecto. La revista se complace en reproducir en este número el pensamiento de tres destacados estudiosos de nuestra vida económica, lamentando al mismo tiempo que la premura del tiempo le haya impedido dar cabida en sus páginas a otros pareceres igualmente dignos de consideración.—(N. de la R.).

Del Profesor Don Tomás E. Rodríguez

Se nos presenta nuestra actual situación económica como algo paradójal. Por un lado, amplio desarrollo de nuestras actividades productivas, salitre, minería, agricultura e industrias manufactureras en pleno resurgimiento. Las cifras estadísticas de nuestra producción marcan un índice elevado no sólo con relación a los años de intensa crisis, 1930 a 1932, sino que también con respecto a los de bonanza, 1928 y 1929. Sin embargo, frente a esta realidad que las cifras comprueban y que el Gobierno trata de dar a conocer día a día para justificar su eficiente labor administrativa, aparece otra realidad cruel y efectiva; bajo standard de vida en la gran mayoría de la población, atonía del comercio, desvalorización de nuestras inversiones y alto interés del dinero, sobre todo en cuanto al rendimiento de los valores que representan nuestra riqueza.

Esta paradoja a nuestro juicio tiene su explicación en parte, por la política económica que se ha llevado, como también por el errado criterio financiero y monetario que ha guiado nuestras actividades en los últimos tiempos.

Política económica definida, con rumbos precisos, conociendo de dónde se parte y hacia dónde se va, no ha existido. Ha habido buen deseo, mejor espíritu, pero falta absoluta de un programa a realizar basado en nuestras realidades y en la situación que al país le corresponde en el momento actual del mundo y especialmente de América. Se ha descuidado nuestra producción, ha faltado por parte del Estado la orientación definida y precisa que encauce el trabajo productivo dentro de las posibilidades efectivas, a fin de que el espíritu de empresa del productor o del empresario se aproveche en su totalidad, sin que éste sea precisado a descuidar su trabajo para defender su industria o actividad, de las garras de un estatismo feroz, empeñado sólo en mirar sus utilidades para extraer tributos y no en el progreso y enriquecimiento nacional, que la producción representa.

Los malos rumbos educacionales que en la enseñanza secundaria deforman el criterio del educando, que el bachillerado y el exceso de postulantes a las carreras liberales hace palpable en la Universidad, están produciendo sus resultados. Decadencia del espíritu de empresa, falta de empuje para hacer trabajo productivo y orientación de la juventud hacia la meta única, el empleo público.

Esta realidad que ideológicamente forma el liceo y la enseñanza Fiscal, dirigida por criterio partidista, ha constituido y constituye un fuerte interés creado que impide por el momento toda reacción. Se piensa y se desea, por los políticos que esperan contar con la voluntad de la burocracia, como por los mismos burócratas que viven del presupuesto, que la única finalidad nacional es proveer de fondos al Estado, a fin de que, generosamente puedan repartirse entre cierto grupo de los habitantes del país.

El desarrollo de la producción y su mejoramiento no es un fin económico como debía ser; sino un medio de que el Estado pueda percibir mayores entradas por tributos, impuestos y contribuciones.

Este hecho falsea nuestra situación, hace aparecer a nuestra política económica, como algo sin línea, sin estabilidad, en constante sistema de tanteos, que produce, como es natural, desconfianza en el capitalista, en el productor y aun en el mismo elemento trabajador.

Se quiere aplicar en el país un socialismo de Estado de importación, distante de nuestra realidad y de nuestra riqueza y se olvida el verdadero concepto de justicia social, de mejoramiento obrero, de armonía entre los diversos componentes de la tarea productiva. A los que predicán estas ideas se los clasifica entre los reaccionarios, a los demagogos del Esta-

lismo Fiscal se les considera espíritu de avanzada. Treinta años de mala enseñanza han dado sus frutos.

Con respecto a nuestra política financiera, nos encontramos a cada paso con dos criterios, que a la postre vienen a ser una consecuencia de las ideas anteriores. Se busca la nivelación de la entrada con los gastos públicos, pero el espíritu que informa esta nivelación no es el estudio de la relación entre la producción y los tributos, sino que aplicando falsamente el principio clásico, se fijan primero los gastos, con criterio liberal y después se regulan las contribuciones a estos gastos. Técnicamente nada tendría que repararse a este hecho si para fijar los gastos y el monto del presupuesto, se atendiera a nuestra riqueza, a las posibilidades de nuestra economía y sobre todo al progresivo desarrollo que éste debe tener dada nuestra condición de país nuevo con riqueza en potencia, pero escaso y pobre de capitales que las hagan producir.

En la política monetaria, la aplicación de principios y doctrinas clásicas, se hace por muchos recomendable y de necesidad inmediata. Subir el valor de nuestra moneda, volver si es posible al padrón oro, bajar los costos de vida y producir por el ministerio de la ley o acuerdo del Banco Central, el bienestar y la riqueza para la mayoría.

Se olvida también la realidad y al amparo de ideas y teorías que hicieron su época o que si se pueden aplicar en otras partes, no se ajustan a nuestra situación especial, se quiere que el país haga nuevos ensayos de conversión o estabilidad monetaria a base de oro, sin que exista en nuestra economía el respaldo lógico de esta moneda, una modesta riqueza acumulada y un potente desarrollo productivo.

Riqueza acumulada no hay y su formación es algo de lento desarrollo. La producción y circulación de la riqueza en el momento actual, se encuentran restringidas a nuestro juicio, por la presión de una verdadera camisa de fuerza.

El rigorismo en la aplicación actual de las disposiciones que reglamentan el funcionamiento del Banco Central y un desproporcionado temor a producir una inflación que no corresponde a la realidad, hace que nuestro circulante no guarde proporción con nuestras necesidades. Si es cierto que el aumento de circulante por sí solo no crea riquezas, no es menos cierto que su mayor o menor elasticidad de acuerdo con las necesidades de la economía contribuye a formarlas.

Ante el temor de una inflación que la realidad no demuestra se explayan doctrinas y principios en favor de una restricción de circulante, que sólo producirá como resultado la intensificación de una crisis artificial, sin fundamento en nuestra economía.

Se agrega a este temor inflacionista la perjudicial gestión que en su forma actual realiza el Control de Cambios, entidad de emergencia, que habiendo cambiado radicalmente las circunstancias que le dieron origen, impide con sus disposiciones, la entrada de capitales que otros países de América reciben con agrado y consideración.

Del Profesor Don Egidio Poblete

El valor actual de nuestro peso es ínfimo; las causas de la caída son bien notorias y sería excusado entrar a analizarlas y a exponer los orígenes: es peso de papel moneda, inconvertible; las emisiones del Banco Central son grandes y escasa la reserva; falta además confianza en la permanencia de su valor. No es extraño que valga hoy solamente un penique y cuarto, peniques que son también de papel moneda.

La depreciación es uno de los factores más eficientes del alza de los precios: nadie podrá pretender comprar hoy con un peso que vale poco más de un penique papel, lo que antes compraba con un peso que valía seis peniques oro. Y siendo la depreciación causa tan poderosa del alza de los consumos, es movimiento natural el de los que se vuelven hacia los poderes públicos para pedirles que alcen el valor del peso.

Sin duda, ello puede hacerse por medios artificiales, sobre todo disponiendo el Estado de la acción de la Comisión de Cambios Internacionales. Si hoy en el comercio con los países libres (los que no tienen administración o control de cambios) se puede mantener fija la relación de \$ 26 por dólar, igualmente se podría fijar la de \$ 20 por dicha moneda, lo que traería una mayor valorización de un poco más de 23 %.

Pero este recurso traería como consecuencia inmediata, por un lado, un aumento en las importaciones y, por otro, una merma en las exportaciones, esto es, mayor demanda de letras que la actual y menor oferta, y ello se traduciría en una tendencia natural hacia mayor precio de la moneda exterior y menor de la nuestra; es decir; que volvería el dólar a valer \$ 26 o más, salvo que con nuevas medidas artificiales se mantuviera aquella cotización, contra el movimiento regular del mercado. Además, la fijación de \$ 20 por dólar desalentaría la extracción de oro de lavaderos y minas, y provocaría el abandono de tales trabajos y la cesantía de millares de individuos: acaso se querría mantener artificialmente, como hoy, la cotización del oro a \$ 35 por dólar; pero sería incongruencia enorme ese doble precio de \$ 20 por dólar en letras y de \$ 35 en oro de lavaderos o minas.

Si se quiere mayor valorización del peso, se debe dejar que venga por causas naturales: seguridad y tranquilidad política y social, sobriedad en la administración pública, o sea represión de derroches, y abstención del Estado en manipulaciones sobre la moneda.

Desde 1932, año de lo más agudo de la crisis, las exportaciones aumentan en grado considerable, hasta el punto de haber llegado en 1936 casi al triple de lo que fueron en aquel año: si en el presente año las cosechas son buenas y si el Estado aporta por su lado aquellas condiciones, y se abstiene de absorber parte alguna de las letras resultantes para invertirlas en buques de guerra, en aviones militares y en otros gastos que por hoy son imprudentes, nuestro peso ganará valor por sí solo.

En cuanto al recurso de hacer una nueva conversión por ministerio del Banco Central, como la de 1926, pero a bajo tipo, un penique oro, por ejemplo, o mejor dicho a la sexta parte del valor unitario de 0.183057 gramo de oro puro por peso, no debemos pensar en ello: si se prosigue la política de derroche y de manipulaciones, la nueva conversión se derrumbaría como la de 1926, y veríamos bajar el peso a décimas de penique.

Por lo que toca al precio de los artículos de consumo, menos fe puede tenerse en las maravillas que se piden al Estado.

Las causas de la carestía son múltiples, pero entre ellas se deben enumerar: la depreciación de la moneda, como es bien sabido; el mayor desarrollo de los negocios y la ampliación del crédito en los últimos años, factores que acarrearán alza; la carga abrumadora de los impuestos, que al fin tienen que refluir en forma de alza de costos y alza de precios; y las contribuciones de orden social, que dan el mismo efecto (y en cuanto a éstas basta observar el fenómeno visible del alza general proveniente de los aumentos de sueldos a empleados particulares por obra de la ley N.º 6.020). A estas causas internas se agrega otra exterior de gran influjo: a consecuencia del rearme de los grandes países, los productos extranjeros llegan al nuestro con un recargo de 30 %, más o menos, recargo que nuestros poderes públicos son impotentes para corregir.

Ante este conjunto de causas, terriblemente eficaces, de carestía ¿de qué servirá el que el Comisariato, las Municipalidades o el Ejecutivo mismo fijen precios a los artículos de consumo? Sin contar con que los precios que se fijen no correspondan a una estadística segura ni a un estudio escrupuloso y fidedigno, y sin hacer caudal de que, desde hace siglos, desde los tiempos de Diocleciano, se toca tal recurso y

siempre con resultados desastrosos o a lo menos de inutilidad manifiesta, los máximos impuestos por la autoridad hacen daño por un lado o por otro (comprador o vendedor), estimulan el fraude, desalientan a los comerciantes y a los productores y, si a veces corrigen la carestía inmediata, traen la segunda consecuencia de una subsiguiente escasez y de una carestía mayor aún.

“¡Dichoso país — decía de Egipto un poeta romano — cuyos dioses crecen en los jardines!”. Dichoso país el nuestro en que se cree que basta un decreto de la autoridad para valorizar el peso y remediar la carestía.

Si se deja que el peso se valore por sí solo, si el Estado revisa el arancel de Aduana y todos los impuestos internos y las contribuciones sociales, si deja de derrochar en barrios cívicos y en otros lujos imprudentes, si elimina de los presupuestos muchos de los gastos inútiles o a lo menos impropios de un país pobre, la carestía se reducirá por sí sola.

No me queda espacio para ahondar en este tópico; pero me permito recomendar la lectura del Memorial que la Cámara Central de Comercio presentó a los poderes públicos, sobre esta interesante materia, y que se publicó íntegro en “El Mercurio” y también en “El Diario Ilustrado” del Domingo 2 de Mayo, pues ahí se ha planteado y analizado el problema por todos sus aspectos y se han propuesto las medidas adecuadas.

Pido perdón por la superficialidad de esta opinión; pero por el escaso tiempo y el corto espacio de que dispongo en las páginas de “Estudios”, no me era posible entrar más a fondo en una cuestión de tanta gravedad y hondura.

De Don Carlos Keller

El problema que se nos presenta puede ser formulado citando las célebres palabras de Arquímedes: “¡Dadme un punto de apoyo!”.

En realidad, se trata de adoptar medidas, de realizar una política, de encauzar los fenómenos económicos dentro de determinados rumbos.

¿Pero quién debe hacer todo eso?

Los liberales, aferrados a sus teorías que lentamente se están volviendo prehistóricas, contestan: “¡Dejadnos a nosotros!... ¡La economía libre salvará al país!...”.

Ya sabemos lo que significa salvar al país para los caballeros liberales. Durante medio siglo se les entregó el país para que lo salvaran. ¿El resultado? Destruyeron la moneda, haciendo bajar su valor de 48 peniques a 1 penique; entrega-

ron al capital internacional todo nuestro salitre y cobre; hicieron perder al salitre su espléndida situación de la preguerra; permitieron que casi todas las riquezas naturales del país pasaran a depender del capitalismo internacional; y como añadidura, secundados por sus congéneres extranjeros, desencadenaron sobre nosotros y sobre todo el mundo, la más fantástica de las crisis económicas.

Viene, pues, de demasiado cerca la recomendación liberal. Hemos hecho la experiencia liberal durante medio siglo, y no podemos pensar en ese "paraíso económico" sin fuertes escalofríos.

Se presentan en seguida los marxistas.

También ellos tienen su fórmula salvadora. Hay que colectivizar la economía, dicen, hay que entregarle a la sociedad el dominio de los medios de producción.

Cuando pensamos en sus soluciones tampoco nos abandona el pavor. Apenas se dedicaron a realizar sus planes económicos en la Unión Soviética, fallecieron veinte millones de personas de hambre. Y hasta el día de hoy el proletario soviético vive en condiciones que según todos los testimonios ni siquiera son mejores que aquellas de que disfruta el proletario chileno, ya suficientemente maltratado por la "reconstrucción" liberal. Y la verdad es que cuando ensayaron una república socialista en Chile, la moneda llegó a valer aun menos de lo que vale actualmente.

Así, pues, ni liberales ni marxistas nos ofrecen soluciones razonables.

Se sostiene, en seguida, que el actual Estado algo podría hacer para poner en marcha nuestra economía y alivianar en algo la situación de las masas populares.

¿Pero tenemos un Estado? Yo niego este hecho.

Acá en Chile cada cual hace lo que le dá real gana, ... siempre que no sea un humilde hijo de la masa anónima. Acá nosotros prohibimos que nadie fuera del Banco Central compre y venda divisas y monedas extranjeras; pero el único que no compra ni vende divisas ni monedas, es el Banco Central; en cambio, a vista y paciencia del Gobierno, una compañía extranjera sacó del país centenares de millones de pesos en divisas; acá un Ministro dispuesto a destituir a un funcionario incapaz, se ve desautorizado por el propio Presidente de la República, y si el Ministro no transige, tiene que irse él, para que pueda quedar el funcionario incapaz; acá el Gobierno fija en \$ 70 el precio del trigo, pero se realiza una vergonzosa especulación con ese producto, con su pleno conocimiento, y finalmente el Estado sanciona legalmente esa especulación, subiendo el precio oficial a \$ 110, que tampoco se respeta. Y cuando a pesar de su prohibición de exportar

trigo al extranjero, el especulador se defiende con su fuero diplomático, y todo queda en nada...

Conclusión: si todo lo que acabo de enumerar, y que sería fácil continuar indefinidamente, es compatible con la naturaleza del Estado, quiere decir que no nos pondremos jamás de acuerdo, pues yo sostengo que ello revela que no tenemos Estado.

Y no habiendo Estado, ¿tiene objeto hablar de política económica? ¿Quién va a hacer esa política, si no el Estado?

Es por eso que sostengo que el problema es el de Arquímedes: "¡Dadme un punto de apoyo!...".

Si hubiera algo en qué poder apoyarse, no sería cosa del otro mundo indicar soluciones. ¡Las hay en superabundancia! Pero si la economía liberal ha demostrado su ineficacia, en cincuenta años de aplicación "clásica" que hemos tenido que sufrir; si tampoco podemos creer en las fórmulas marxistas: y si, finalmente, no tenemos un Estado, ¿no es toda esta discusión un mero juego académico, sin la menor importancia práctica?

Pues bien, es eso lo que sostengo. Lo primero que debemos procurar, es encontrar el punto de apoyo. Tendrá que serlo forzosamente el Estado. Y por ende, no nos queda otra solución que formar primero ese Estado.

Lógicamente, no lo formaremos con literatura. Los Estados son creaciones que se levantan sobre la base de la acción, del sacrificio, del renunciamiento a los individualismos. Son precisamente lo contrario de lo que hay hoy día en Chile.

Creado un Estado, la solución de nuestros problemas fluye con la fuerza de un acto espontáneo.

Los que nos hemos dedicado a solucionar previamente nuestro problema político "arquimédico", tenemos también una visión precisa de lo que corresponde hacer en la materia a que se refiere esta encuesta: el reciente discurso del Jefe del Nacismo, que se ha publicado como folleto, indica el camino.

Pero sus palabras no son inteligibles para aquellos que suponen que tenemos hoy día un Estado en Chile.

EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO

MARITAIN Y EL PUEBLO

El último número de la revista argentina "Sur", entre otros interesantes artículos, nos trae uno de una actualidad y un significado verdaderamente extraordinario. El artículo en cuestión lleva el título: "CON EL PUEBLO", y se debe a la más que autorizada pluma del filósofo francés Jacques Maritain.

Las ideas desarrolladas por Maritain, debemos confesarlo, no constituyen una novedad para los católicos-sociales, ni para quien tenga su alma empapada de cristianismo. Son ideas que antes de haber sido tan espléndidamente formuladas y analizadas racionalmente, las hemos sentido en nuestro fuero interno como un imperativo de la verdad, como algo impreciso pero cierto, con una certeza consecucional derivada más que de un convencimiento racional, de una intuición que se enraíza en la esencia misma de la vida en la Caridad Cristiana, que es la vida social de la iglesia y su manifestación de acción exterior. "CON EL PUEBLO", ¡qué hermoso título y qué actualidad de tema!

Sólo un sabio y un santo podía formular tan claramente la explicación intelectual de este sentimiento tan hondamente cristiano; explicación profunda y de puro análisis filosófico basado en la más exacta interpretación y aplicación de la doctrina católica. Explicación intelectual ésta, que viene a aclarar prístinamente muchas actitudes mal interpretadas por mucha gente superficial, medrosa o mal intencionada. Sólo un sabio y un santo, repito, podía dar la justificación racional decisiva a esta actitud felizmente ya tan prendida en gran parte de nuestra juventud y en la juventud de muchos otros países, y que ha motivado tantos ataques infundados y malévolos, aún al propio Maritain.

Empieza el filósofo por analizar las frases tan manoseadas de "ACTUAR PARA" o "ACTUAR CON" el pueblo, llegando a la conclusión que ellas entrañan conceptos que pertenecen al dominio del simple amor de benevolencia, al dominio de "la acción y de las ideas rectoras de la acción". Es la actitud patronista, de arriba hacia abajo, digamos, que

hemos oído tantas veces en boca de nuestros dirigentes políticos y sociales y que hemos despreciado instintivamente, adivinando en ellas una posición carente de humildad y de verdadero amor, que nos repugna.

A estos conceptos, "actuar para" y "actuar con", Maritain opone dos nuevas frases: "EXISTIR CON" y "SUFRIR CON" el pueblo, frases éstas que entran de lleno al dominio del "amor de unidad", de verdadera caridad fraternal y cristiana. Es la posición del amor directo, que ama a pesar de todo; a pesar del error en que momentáneamente puede estar sumido el objeto del amor. Y este amor así considerado es también el mayor enemigo del error; y esta manera de amar, la más apta para corregir y libertar. Quien ama, quisiera ver libre de toda imperfección al objeto amado y hará toda clase de sacrificios para liberarle de la tiranía del mal que le rebaja y oprime; y usará de la intensidad de su amor para justificar su lucha y conseguir la victoria. "El ser que yo amo, dice Maritain, tenga o no razón, yo lo amo: y deseo existir con él y sufrir con él".

"Si se tiene amor por esa cosa viva y humana, muy difícil de definir como todas las cosas humanas y vivas, lo sé, pero más real por eso, que se llama PUEBLO, se querrá, desde luego, y primordialmente, existir con él y sufrir con él, y permanecer en su comunión".

"Antes de hacerle bien y trabajar para su bien; antes de hacer o no la política de éstos o aquéllos que invocan su nombre y sus intereses; antes de pesar su conciencia el bien y el mal que ha de esperarse de las doctrinas y de las fuerzas históricas que lo solicitan, y de elegir entre ellas, o quizás en algunos casos excepcionales, de rechazarlas por igual, se habrá elegido existir con él y sufrir con él, y hacer propia su pena y propio su destino".

A continuación estudia los conceptos que puedan inducir a confundir el verdadero sentido de la palabra "PUEBLO"; conceptos de "Clase", "Raza" y "Pueblo", los que analiza prolijamente, para llegar a la conclusión de que el primero: "Clase", es una noción social-económica; la segunda: "Raza", una noción social-biológica; y "Pueblo" una noción social-ética. Introduciéndose certeramente en el análisis de esta última palabra "PUEBLO" y guiándose por el sentido que el pueblo mismo tiene de sí, Maritain llega a las últimas profundidades del concepto psicológico del pueblo; allí donde se esconde la esencia de la idea, allí donde se elabora la individualización de la idea, que la diferencia claramente de otros conceptos similares y parientes, y nos indica que la noción de "PUEBLO" antes que nada "se refiere a una

cierta comunidad de límites flotantes, más restringida que la multitud entera y designada por caracteres más interiores y más típicamente humanos que las “capas inferiores de la sociedad”. Así, el pueblo aparece, en un sentido negativo, como “LA COMUNIDAD DE LOS NO PRIVILEGIADOS”. En un sentido positivo, y con la debida elasticidad propia de la imprecisión del análisis de algo vivo y multiforme que es el pueblo, como “LA COMUNIDAD CENTRADA SOBRE EL TRABAJO MANUAL”, lo que a veces se llama “clases laboriosas”: obreros y campesinos y los diversos elementos que resultan solidarios con ella.

Si ésta es la manifestación esquemática-social, diremos, de la noción de PUEBLO, ella envuelve principalmente una noción de actitud histórica y moral ante la vida a través del tiempo: “patrimonio histórico que a ella se agrega, de dolores, de esfuerzos y de esperanzas, y por una cierta vocación y un cierto comportamiento interior y moral, por una cierta manera de comprender y de vivir el sufrimiento, la pobreza, la pena, y ante todo el trabajo mismo, y como un hombre debe ayudar a otro y corregir a otro, mirar la alegría y la muerte, ser de la masa anónima y tener allí su nombre; por una cierta manera de ser “SIEMPRE LOS MISMOS QUE SE HACEN MATAR”.

Busca el origen, a continuación, de esta palabra y de esta noción, encontrándolo en fuentes cristianas. “Es la idea del “PUEBLO HUMILDE DE NUESTRO SEÑOR”, la idea del pueblo de los pobres a quien las beatitudes están prometidas y que goza de una EMINENTE DIGNIDAD en la Comunión de los Santos. Es esta idea que deslizándose del orden espiritual de su origen, al temporal y despertando ciertas virtudes propias de este orden, ha contribuido a formar la idea, ética-social ahora, y no ya religiosa, del PUEBLO TRABAJADOR, la cual no puede confundirse con las ideas más bien cívicas y nacionales del “populus” ni de la “plebs”.

Señala el filósofo los equívocos y las absorciones que ha sufrido la palabra pueblo, principalmente aquel que lo identifica con la “clase”, y que lo esclaviza al orden económico (Marx) y racista otro, que lo diluye en el orden biológico; Ambas apreciaciones erróneas, le niegan su origen espiritual y cristiano, y a este propósito cita las hermosas frases del Papa, en que éste se lamenta que la gran conquista que constituye la adquisición de conciencia de la dignidad del trabajo y la dignidad obrera, conquista ante todo espiritual, aparezca hoy solidaria de un sistema ateo como el Marxismo.

Un soberbio capítulo en el artículo que comentamos, lo constituye el dedicado a dislucidar la pregunta: ¿Dónde está

realmente el pueblo? Indica que esta pregunta se hace más difícil aún de contestar en estos tiempos, en que se ve al pueblo abanderizado a ideas y a fuerzas históricas determinadas. Pero, señala, que quien ama al pueblo sabe que podrá admitir que se le exija que se resista a tales ideas, a tales actitudes del pueblo y a las fuerzas históricas que actúan en el pueblo; aún más, se tendrá que luchar contra ellas, pero no me podrán impedir jamás **“QUE ROMPA CON SU COMUNION TEMPORAL Y QUE DEJE DE EXISTIR CON EL: porque separados de la existencia con el pueblo, el bien común de la ciudad política se torna artificial y frágil, y la misión de la Iglesia (su vida misma) incumplida”**.

¿Y por qué hay que elegir existir con el pueblo? Cristianamente considerado, “porque es él, ante todo, a quien hay que evangelizar, es a él a quien amaba especialmente Cristo. Que los pobres sean evangelizados es el signo mismo de Cristo. ¿Y cómo se evangelizaría a aquéllos con quienes no se existe y no se sufre? Lo que el vocabulario sagrado llamaba “las turbas”, de quienes Cristo se compadecía, son las “masas” en el vocabulario profano y temporal.

“Además, y esto bajo la connotación simplemente ético-social, porque **“por más grandes que sean en él la desviación y el mal, el pueblo es la gran reserva de ESPONTANEIDAD VITAL Y DE NO FARISEISMO”**. Es en la masa, cuantitativamente considerada, donde la vida echa raíces y es ella la que en el futuro, fatalmente, dará la savia y la “reserva carnal” de una nueva civilización. “O bien la civilización reposa sobre la esclavitud de las masas, o bien es preciso que esté en continuidad con su movimiento”.

La posición de la Iglesia, en su misión de conducir a los hombres a la verdad sobrenatural y a la vida eterna, y no regir las cosas temporales, está magníficamente tratada. El grito angustioso de Pío XI sobre “el gran escándalo del siglo XIX” de ver a las masas obreras alejarse de la Iglesia, encuentra un eco terrible en Maritain. La Iglesia pide ante todo “no estar separada del pueblo. ¡Todo antes que esta separación monstruosa!”. exclama Maritain, “porque ella quiere dar al pueblo la sangre vivificadora de Jesucristo”.

Pero aquí, justamente, el filósofo nos señala el gran peligro, que sin duda ha sido una causa importante de esta deserción popular de la Iglesia. Señala el juego demoníaco: “No solamente en el espíritu de los enemigos de la Iglesia, sino en el de un cierto número de sus amigos, el Mentiroso cambia esta voluntad de la Iglesia; esta voluntad evangélica, esta voluntad eclesial, esta voluntad santa, en la **ILUSION JUSTAMENTE CONTRARIA**, y abominablemente contraria, **DE**

UNA VOLUNTAD POLITICA, de una voluntad clericalista, de una voluntad impía de dominar sobre el pueblo por medio de la Iglesia. Pero, vividas o pensadas, las ilusiones no duran; y las puertas del infierno, sean de izquierda o de derecha, no prevalecerán contra la Iglesia”.

“El orden propio de la Iglesia es el orden de lo espiritual. En el orden temporal, se les pide a los cristianos, como miembros de la ciudad terrestre, que **EXISTAN CON EL PUEBLO Y SUFRAN CON EL, EN EL CRECIMIENTO DE AQUELLA**”.

Aclara a continuación, que para cada cristiano, individualmente considerado, no hay una obligación moral de “existir con el pueblo”, ya que éste entrañaría hacer una confusión entre lo religioso y lo social; pero advierte que si “de una manera colectiva y en la mayoría de los casos, las formaciones temporales de denominación cristiana dejan de existir así con el pueblo, un desorden profundo se introduce en el mundo, que cuesta caro”, cosa que todos podemos constatar.

La necesidad de no aliarse a las ideologías erróneas que hoy han prendido en el pueblo, no inducen a alejarse de él ni a no existir con él. Al contrario, para Maritain es condición indispensable que para hacer vivir por el pueblo las doctrinas sociales de la Iglesia, que los Papas ordenan urgentemente poner en práctica, y para que ellas puedan ser una realidad en el futuro, es necesario como condición previa ineludible, que los católicos **EXISTAN Y SUFRAN CON EL PUEBLO**. Según Maritain, la tragedia de los movimientos políticos improvisados que hoy triunfan en el mundo, radica justamente en esto. Y señala que “la tragedia de un Mussolini es que, con el fin de **actuar para** el pueblo, ha dejado de **existir con** el pueblo. Ahora no existe más que con el Estado”.

Termina el gran pensador católico recalcando la importancia que tendría la formación de “**NUEVAS FORMACIONES POLITICAS DE INSPIRACION VIRTUALMENTE CRISTIANAS**”, y señalando el peligro de que “el mundo se divida en las dos masas enemigas que representan en definitiva dos síntomas opuestos de un mismo mal, y que en su conflicto irremediable haría la ruina de la civilización. El cree en una nueva solución, la cual según él, “debe ser buscada en el sentido de un humanismo integral, es decir, abierto a lo sobrehumano”, y que tarde o temprano se impondrá”.

Pero, ¿y si se produce la catástrofe? Para entonces, Maritain dice, “cesaría el orden de las actividades políticas. Quedaría el orden de las actividades evangélicas, en las que, como en las políticas, se arriesga y se da la vida”. Pero siem-

pre sería existir y sufrir con el pueblo, aunque ya no actuando con él, sino sobre ese plano evangélico y casi sacerdotal, del puro amor al prójimo por amor a Cristo.

ARTHUR LOURIE Y LA MELODIA

En medio de ese enorme laberinto que constituyen las variadas búsquedas e incesantes sondeos en que se sumergen anhelantes los artistas modernos a ver si hallan un nuevo modo de expresión que, aflojando sus vínculos con la realidad existente, dé más consistencia al mundo poético y más exacta manifestación externa, es bueno escuchar las reflexiones que un músico distinguido y malogrado dejó escritas sobre el arte que con honradez tan exquisita cultivó. Ellas descubrirán puntos de vista sugerentes, indicio inequívoco de que asoma ya una reacción que no aniquilará, no, las conquistas modernas sino que las incorporará como elementos salvadores y llenos de ricos principios vitales al Arte — así, con mayúscula — de todos los tiempos, y de que, por consiguiente, entramos a un período de explotación, de actualización, de las riquezas adquiridas. Dichas reflexiones se encuentran en un número de “La Vie Intellectuelle”.

Establece Lourié un paralelo muy profundo entre **melodía** y **lirismo** y verifica que la música y la poesía han, respectivamente, ido perdiendo una y otro en estos últimos tiempos: “La música ha perdido el elemento melódico en el mismo grado que la poesía el elemento lírico”. Ni la melodía en música ni el lirismo en poesía desempeñan ya misión de motor principal. El elemento inmaterial, indefinible, de la melodía y del lirismo se ha visto reemplazado en ambos casos por la materialidad y la constructividad.

Después de haber sido como la sustancia orgánica y la fuerza fundamental de la música y de la poesía, la melodía y el lirismo han sido en estos últimos tiempos totalmente excluidos de sus dominios, o bien apenas tolerados y como una cosa de que no se habla, viéndose reemplazado por los variados principios de organización”.

Lourié atribuye esta materialización progresiva del arte a que melodía y lirismo tienen la propiedad de revelar alguna verdad íntima, cosa que aborrece, en general, el hombre moderno. Sin insistir en numerosos alcances que podríamos hacerle a tal afirmación, pasaremos a las dos definiciones que da del elemento **melodía**, en el orden estético y en el puramente musical, para en seguida analizar las causas del fenómeno.

“La melodía — dice — en su definición estética y no formalmente musical no es sino una virtud, si se le reconoce (y ¿podría no reconocérsele?), la propiedad de expresar la verdad, de revelar no el ‘artificio’ sino la viviente naturaleza, es decir la realidad. Si vemos en ello la principal cualidad de la melodía es entonces y ante todo una virtud musical; el resto viene después.

Nos vemos así obligados a reconocer que en la época contemporánea existe una especie de mentira. Porque no por casualidad es lo grotesco el tipo más característico de la melodía contemporánea; lo grotesco, es decir, la mueca, la ironía y la chacota. La mentira, en música, nace de que se aparta del proceso melódico como de una fuerza que actúa directamente; es decir, del hecho de apartarse de toda responsabilidad personal cubriéndose tras la responsabilidad general cualquiera que sea el nombre que se le diere: moda o estilo de la época.

La melodía es evidentemente una virtud, no moral sino estética, pero ligada, en forma que es inexpresable, con la moral, y posee una particularidad de orden moral-estético que es un signo seguro para reconocer su presencia.

Estéticamente, la melodía es como el fundamento biológico de la obra musical y también algo ‘así como su característica moral; no se pueden separar ambas características sin destruirlas. Así como en las tres virtudes teológicas, en que la moral se ve comprendida de por sí, y, si no es una consecuencia de la verdad, pierde toda significación vital para no convertirse sino en una norma abstracta de conducta. Tal vez hoy día no produzcamos buenas melodías únicamente por haber llegado a ser muy malvados. Porque de la abundancia del corazón habla la boca...

La melodía se encuentra en correspondencia orgánica con las virtudes teológicas, y por eso, sin duda, su más plena expansión es la melodía religiosa, es la oración.

La melodía es inaccesible a la lógica de nuestra conciencia (contrariamente a la armonía y al ritmo); ante ella nuestra razón se ve impotente porque la melodía es esencialmente irracional. Puede existir una melodía angélica, pero no un ritmo angélico, porque en la eternidad no existe el triunfo, pero existe, y existirá siempre, la alabanza”.

Esta pérdida progresiva de la melodía — del lirismo — que Lourié señala con tanto acierto y elevación de miras tiene su raíz en el movimiento romántico — más bien en el estado de alma romántico — que se desarrolló en el siglo pasado con un vigor sólo comparable a sus funestas conse-

cuencias. El romántico, si no por deducción lógica del sistema, por candidez o desenfrenado deseo de atraer a sí las miradas, degeneró casi siempre en poseur. So pretexto de incorporar la subjetividad al arte, se revelaban estados de alma, impresiones, de calidad tan ínfima y en lenguaje — lenguaje, es decir, medios de expresión — tan ridículamente desproporcionado, que la reacción vino franca y poderosa, y es un pudor tal vez excesivo, pero en todo caso prudente, el que impele al artista moderno a velar su inspiración con los rigores de la técnica y a recurrir a ellos para someterla a rigurosa depuración y disciplina. **Es indigno del artista crear por sólo entusiasmo**, afirma enérgicamente Valery, y Ortega Gasset dice a su vez: **¿Qué artista tiene derecho a expresar lo que siente? Sí, con tal de que sienta lo que debe.** Ortega y Valery quieren con harta razón elevar el nivel de la corriente artística, y no hay más medio de elevar el nivel de una corriente que ponerle barreras y diques. Es natural que a un exceso haya respondido otro exceso — *abyssus abyssum invocat*; — al de subjetividad desenfrenada y fisiológica, el de objetividad monótona y terca. Pero cuando ese afán constructivo abandone sus ínfulas de principiante y se somete de lleno al influjo lírico — melódico — como ya lo está verificando, comenzaremos a presenciar la gran primavera artística. Los brotes, numerosos y pujantes, prometen magnífico apogeo.

Pero sigamos a Lourié.

Cariosa distinción establece entre melodía, tema y motivo. El **motivo** según él, es una melodía abortada detenida en un instante de su crecimiento en beneficio del ritmo y para poder encajar entre sus compases. El **tema** es como una melodía también de desarrollo interrumpido pero no en beneficio del ritmo sino de una deducción musical.

A continuación hace una serie de aplicaciones de estos sus puntos de vista a formas y autores musicales. La fuga ha de basarse en **motivos** y la sonata en **temas**, y una de las mayores confusiones del siglo XX ha sido para Lourié la producción de **sonatas motivadas** y de **fugas temáticas**.

Tras de haber precisado las nociones extrañas a la melodía y con las cuales ésta habitualmente se ve mezclada, entra el músico rudo a precisar el concepto mismo del melos, procediendo por nuevas aproximaciones: “La melodía de por sí no está ligada ni conduce a ninguna acción; es como una cosa en sí. El motivo sirve para justificar la acción. El tema es un medio de desarrollar algún pensamiento. La melodía no se encamina a nada, sino que da la liberación. En cualquier momento de una situación musical lógicamente compleja, la

aparición de la melodía aporta en forma instantánea la liberación en la medida misma de la importancia de la melodía que acaba de surgir. La melodía es una cosa, y la música, otra muy distinta; con la melodía, en efecto nada se puede hacer.

Por eso cuando de melodía se trata, se dice que se la elabora o bien que se la acompaña; muy raramente, que se la compone. El ejemplo mejor de la solución de ese problema en el pasado se encuentra no en Bach, sino en Mozart. Mozart procedía muy racionalmente en cuanto a sus métodos de composición pero no en cuanto a la melodía. Creaba él la música y la melodía sobre bases absolutamente diferentes, y uniéndolas libre y fácilmente no les hacía ejercer ninguna influencia mutua; es éste un fenómeno misterioso y, en todo caso, absolutamente excepcional”.

Fijados los contornos de la melodía, cumple entonces dar una definición explícita de ella. Es lo que hace Lourié al decir que la melodía es una serie de sonidos en que se pierde la noción del intervalo. Y a continuación señala la raíz de ese algo inefable de la melodía: “En esa liberación de la función del intervalo se halla la irracionalidad del proceso melódico; mientras más perfecta fuere esta liberación, de más subido valor será la melodía. La misma serie de sonidos puede ser melodía en un compositor y no serlo en otro.

En Debussy, la melodía es como un bólido que se hubiese reducido a una lluvia de partículas caídas sobre la tierra. La melodía de Debussy es fragmentaria, bien que sobre la melodía esté fundada su música: pero ya descubrimos en él un comienzo de estilización melódica y la aparición de lo grotesco. Tras él han comenzado los métodos de organización y estilización de la melodía. En nuestro tiempo ha aparecido una nueva suerte de eclecticismo, el eclecticismo estilizado, y a su lado, la estilización del eclecticismo.

Los contemporáneos de una época musical tienden siempre a creer que esa época es menos melódica que las que la han precedido. Así Beethoven ha sido acusado de antimelodismo y se le oponían Mozart y Haydn; después Beethoven mismo se vió opuesto a Schubert, y Schubert a Schumann. Esas suertes de juicios no valen. Los contemporáneos de una época no se hallan generalmente en estado de apreciar la evolución del melos, que se realiza al mismo tiempo que la del ritmo y de la armonía. Se confunde generalmente al melos con la melodía. Una composición puede estar privada absolutamente de melodía, pero si careciera de melos no tendría ningún título a ser llamada composición musical. Porque el melos es ese compuesto, ese conjunto sonoro y vital que, como la circulación de la sangre en el cuerpo, actúa en el or-

ganismo musical, hasta el punto de que sin él no hay música''.

Estas son las ideas más fundamentales que el malogrado compositor ruso manifiesta en las páginas reproducidas por la revista dominicana. No hay duda de que enfocan el problema artístico-musical con rara profundidad y nitidez. Gérmenes hay en ellas de solución de problemas que se hallan en la raíz de la creación poética. El conflicto entre el ideal y la técnica, tal vez el más espinoso de todos, queda más o menos resuelto — más o menos porque son reflexiones al correr de la pluma y no una obra construída y acabada — y allanado. Pero lo más meritorio y válido de estas páginas reside en la raíz teológica que le asigna al arte, y es eso lo que le permite penetrar tan adentro en su naturaleza. El problema artístico es en realidad teológico porque al crear, el hombre no hace nada más ni nada menos que poner en actividad esa semejanza divina que lleva dentro de sí propio. Una vez más se verifica aquello de que si es cierto que lo sobrenatural no se explica sin lo natural mucho más cierto es que menos se explica lo natural sin lo sobrenatural. A la luz de lo alto se descubrirá muy bien el nexo entre verdades que enfocadas con el solo poder iluminante de la razón aparecerían tal vez como opuestas e incompatibles. Ese es el mérito de Lourié. Por eso en sus creaciones musicales, en especial el Concerto Spirituale, se advierte esa hondura y disciplina que en otra cualquiera posición es imposible conseguir.

**DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA
DEL DIARIO "EL IMPARCIAL"**

Atiende al público en su oficina, Huérfanos 1250,
Teléfono 61563, de 9 a 12 1/2 y de 12 1/2 a 7 1/2.

Gustavo García Díaz

Agente general Exclusivo, Jefe Dpto. Propaganda.

MILCHO DEL EXTRAORDINARIO

Acción Anti-Religiosa en Rusia

En este último tiempo se ha notado un nuevo recrudecimiento de la campaña anti-religiosa en Rusia. El último Congreso Ateo tomó importantes resoluciones en vista de que la Iglesia estaba "adaptando hábilmente su propaganda a las condiciones actuales y ejerciendo una considerable influencia entre el pueblo, lo cual es peligrosísimo", según declaraciones del Secretario General de la Juventud Comunista, Kossarev.

El jefe de la organización atea Yaroslowsky, ante 400 delegados pronunció un discurso en el que los incita a una acción inmediata. "Declaramos, dijo en respuesta a la Encíclica Papal, que deseamos exterminar el Catolicismo en Rusia por todos los medios de que disponemos. La nueva constitución no permite, en manera alguna, la propaganda religiosa. Esa es la mejor garantía para la instauración del ateísmo, cuyo establecimiento es un deseo del Estado y del Partido".

Se han destinado 400.000 rublos para la filmación de una película a cargo del Comité Central de los Sin-Dios, en la cual se atacará a los sacerdotes y especialmente a los misioneros. Esta película estará destinada sobre todo a las misiones para incitar a los indígenas a la revuelta.

Se ha establecido un premio de 25.000 rublos para el mejor libro anti-religioso, y en Leningrado se inauguró el 1.º de Mayo un nuevo museo anti-religioso.

Perfeccionando sus métodos y siguiendo instrucciones dadas por el propio Lenín, los comunistas han iniciado una campaña tendiente a conquistarse a los obreros católicos, no ya de frente y atacando a la Religión, sino tratando de oponer la doctrina de Cristo a la de la Iglesia. Ejemplo de esta propaganda es la oración comunista que publica "L'Osservatore Romano" en su edición del 22 de Abril último.

Empieza la oración rogando a Jesús que nos envíe su reino a fin de que su sacrificio por la humanidad produzca por fin sus frutos que el pueblo está esperando desde hace casi dos mil años. Tal como sus verdugos le gritaban en el Calvario: "Si eres Dios, desciende de la Cruz", así lo lla-

man ahora para que liberte al pueblo oprimido y poder creer sin dudas en su divinidad.

Acusan a la Iglesia Católica de no practicar la verdadera doctrina de Cristo y ruegan al "humilde obrero de Nazareth, primer mártir de la causa social" que inspire a los jefes de la Iglesia para que cesen de hacer de la religión una política de fuerza y dinero.

A continuación culpán a la Iglesia Católica de haber ordenado en España "las matanzas de los parientes pobres de la gran familia humana" en nombre del propio Jesucristo.

Termina la oración con la siguiente invocación: "Oh, Jesús, emblema de dulzura que habéis sufrido tanto para inculcar a los hombres el respeto de la caridad y de las virtudes sociales venga a nosotros tu reino".

Este documento es una nueva muestra de los sistemas de propaganda tantas veces condenados por la Iglesia y que bajo apariencias cristianas atraen al pueblo, como sucedió con "Terre Nouvelle" cuya condenación vimos el año pasado.

El "Caso" Ludendorf

"L'Illustration" estudia el fenómeno Ludendorf como uno de los hechos más significativos en la situación religiosa alemana.

Las últimas actitudes y declaraciones del general ya no sólo significan un recrudecimiento de su furor neo-pagano sino que también el hecho de que ya se toma en cuenta en las altas esferas del Reich, su pseudo pontificado. Este éxito de su doctrina del "conocimiento alemán de Dios" y de odio al Cristianismo sólo puede explicarse con la voluntad decidida del Estado y Gobierno alemán de unificar espiritualmente al pueblo germano.

Pero ¿quién fué el creador de esta doctrina anti-religiosa, que llegó hasta Ludendorf por conducto de su mujer Matilde Spiess? El inspirador de esta nueva religión fué el célebre anti-semita Trebitsch, hermano del conocido traductor de Bernard Shaw. El anti-semita Trebitsch era hijo de un comerciante judío de Viena y reveló a los Ludendorf que el espíritu celestial lo había transformado a él, judío puro, en un ario purísimo. Bajo su influencia la Spiess escribió un libro sobre Wotan y el general se convirtió en anti-semita militante emprendiendo una tenaz campaña contra judíos y masones.

Matilde Spiess sirvió de pitonisa y teóloga al nuevo credo y su marido siguiendo sus teorías, con el mismo furor con que había atacado a los hebreos se lanzó contra los cristianos. Y en los diversos planos de su misticismo el anti-semitismo fué la iniciación, el anti-cristianismo el crisma y el neo-paganismo la estratósfera de la purificación y perfección religiosa.

Respecto a su actitud frente al cristianismo, creemos de interés reproducir la requisitoria del general en una de sus publicaciones: "Con toda la fuerza de mi ánimo teutónico odio al cristianismo, esa religión oriental predicada por un adolescente hebreo idealista y en la cual, aunque reformado, el Antiguo Testamento hebraico continúa siendo siempre la obra de una raza odiada y despreciada. Todas las miserias que hemos sufrido los alemanes, desde los albores de nuestra historia, los debemos a la raza hebrea y al cristianismo al que dió nacimiento. El cristianismo está en completa antítesis con la raza alemana y su acción es por consiguiente nefasta e inmoral".

Como decíamos al empezar, lo grave en estas doctrinas no está en el caso clínico de patología espiritual que representan en Ludendorf, o del contagio entre sus secuaces inmediatos, sino en el interés y apoyo más o menos tácito que el Gobierno Alemán le está prestando. Después de la visita del Führer al general en su retiro de Muenchen, y a pesar de que la prensa oficial declaró que no se habían tratado en ella cuestiones religiosas, Ludendorf publicaba que "los adherentes al nuevo credo tendrán de ahora en adelante iguales derechos a los fieles de las demás creencias y religiones comprendidas en el Art. 24 del programa del partido nazi".

Estas circunstancias unidas a la campaña anti-religiosa de este último tiempo hacen temer días de dura prueba para el cristianismo en Alemania que ya estaba padeciendo.

El mejor tónico cerebral

F i t o s a n

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

NOTAS

BIBLIOGRAFICAS

“INDICE DE LA POESIA CONTEMPORANEA ARGENTINA”, por José. González Carbalho.—Ediciones “Ercilla” 1937.

Con la iniciación de publicaciones sobre poesía americana ha hecho un alto favor al conocimiento intelectual de los países de nuestro Continente, la Editorial “Ercilla”. Esta misma función está garantizada por el gran mercado que tienen las ediciones chilenas en el extranjero.

Ha comenzado su labor “Ercilla” con la publicación de un índice de poesía argentina. Argentina muestra en esta antología sus valores ya consagrados, de prestigio sólido e internacional, junto al gran experimento de la poesía nueva, llena de sugerencias y actitudes: ambas formas poéticas argentinas nos dan en este libro el reflejo y la sensación de una riquísima vida intelectual.

Sería inútil señalar los nombres y modalidades de cada uno de los poetas seleccionados: esto quedaría fuera de una rápida nota bibliográfica. Sólo resta señalar que la selección del señor González Carbalho, es completa y cumple en forma eficiente su intención, pues todas sus páginas nos muestran poesía auténtica.

La edición, cuyo precio de treinta pesos para nosotros se nos figura subida, está realizada con sumo cuidado y limpieza, que nos agradaría ver en todas las ediciones de esta importante casa editorial.

S.

“LAS SEMANAS DEL JARDIN”, por José Gabriel. — Ediciones “Ercilla” 1937.

José Gabriel es un escritor argentino que nosotros recomendaríamos cordialmente por sus dotes de interpretación viva y polémica de la literatura, si no mostrara a la vista y paciencia nuestra sus dientes bastante ofensivos. Gabriel ensucia toda la claridad doctrinal de sus críticas, y en especial las que tienen relación con el siglo de oro español, con una rabia histérica contra la Iglesia católica. Quien tenga paciencia y no nos dé fe, recorra esta obra y fíjese con especial interés en las páginas 258 y 314, que muestran sinceramente la calidad de lucidez crítico-religiosa que posee el señor don José Gabriel.

El ejemplar que consultamos está a la altura de las opiniones particulares y religiosas — que en el sentido de exégesis literaria sólo debe alabarse — de Gabriel: sucio, mal editado y con impresiones digitales en tinta de imprenta. El alto precio del libro exige esa cuidadosa composición y limpieza que alabamos en otros libros.

S.

"TODA RABA", por Nicolás Kazan. — Ediciones "Ercilla" 1987.

Nos interesa profundamente las manifestaciones literarias de algunos países de gran tradición intelectual, y que por razones políticas han dejado de producir temporalmente. En este caso se halla la Grecia y con este interés hemos cogido la obra de Nicolás Zazantzaki, conocido por su seudónimo de Nicolás Kazan.

Su filiación comunista nos da la primera nota para coger esta novela: el tema está visto por quien tiene y vive con amplia potencia una doctrina integral. A través de ella se nos muestran con un estilo ágil, cortado en sus frases y eminentemente colorista, las inquietudes de los pueblos: pintura no exenta sin duda de una agudización visual de puro intelectualismo. La fuerza de sus páginas dejan una sensación dura y cansadora de cosa vivida.

S.

"LA POESIA LIRICA AZTECA" por Angel M.^a Garibay. — Ediciones Abside. — México 1937.

Hemos recibido con profundo amor este libro mexicano. Nuestra intención nos ha valido la recompensa de su lectura atenta. En él se estudia la lírica maravillosa de una civilización que cantaba a sus dioses y les brindaba, a la vez de la voz, la sangre de humanas víctimas inmolatorias.

Sorpresa a todas luces agradable fué la de leer este libro escrito sobre un tema nuevo, para nosotros por lo menos, y encantador, por una pluma de gran justeza crítica y elevado brío poético. El señor Garibay ha logrado despertar con su corto libro una necesidad de conocer a fondo la civilización azteca y sus manifestaciones poéticas. En las notas de su libro promete una edición crítica de estos poemas que esperamos con verdadera ansia.

Como muestra de la lírica azteca, de los cantares que a sus dioses elevaban, reproduciremos uno de ellos; lamentando que el corto espacio impida dar mayores muestras y los elogios merecidos para el señor Angel M.^a Garibay.

Ah, en escuadrones los mancebos
se convierten en cautivos míos:
yo me glorío, yo me glorío:
se han convertido en mis cautivos.
Ah, en la región de las espinas los mancebos
se convierten en cautivos míos:
yo me glorío, yo me glorío:
Se han convertido en mis cautivos.
Ah, en la región de la fatiga los mancebos
se convierten en cautivos míos:
yo me glorío, yo me glorío:
se han convertido en mis cautivos.

“LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES”, por F. A. Kirkpatrick.—
Ed. Zig-Zag, 393 págs.

Hay frases hechas que, en ciertas ocasiones, se encuentran plenamente justificadas. “Es un libro que hacía falta”, por ejemplo, representa una de tales frases que parecen formularse para la obra de Kirkpatrick que comentamos.

Los conquistadores españoles han atraído la atención de numerosos autores de las más diversas nacionalidades. Hay en las vidas de los hombres que ocuparon y ganaron para sus reyes el más vasto de los imperios de la Historia, algo de grandioso y de imponente. Hay también el atractivo que para muchos representa la finalidad religiosa que perseguían primariamente los conquistadores en sus empresas, aun cuando a menudo sus acciones y su conducta privada distara considerablemente de reflejar lo que en teoría sustentaban. Pero ha ocurrido desgraciadamente que quienes se han ocupado del problema, han carecido de la perspectiva que se requiere para analizarlo con criterio verdaderamente histórico. En efecto, tenemos por un lado el grupo de los panegiristas con ribetes de beatos, que ensalzan las grandezas de los guerreros y callan o desfiguran sus pequeñeces y sus miserias. Por otro lado, como reacción contra tan funesta tendencia y acentuados sus puntos de vista por el antihispanismo que inspiró las generaciones que siguieron a la Independencia de América, tenemos un grupo de investigadores que se empeñó en demostrar que los conquistadores fueron un tropel de bandidos que, con el pretexto de extender la fe, sólo se preocuparon de explotar las razas indígenas en beneficio propio.

La serenidad que proporcionan las distancias en el tiempo y las prolijas investigaciones documentales de innumerables eruditos, han permitido en nuestra época establecer de manera definitiva los límites de la verdad. Tal es, a nuestro juicio, el mérito de la obra de Kirkpatrick. Extranjero a los intereses en juego y gran conocedor de la América española y de sus historiadores, muy especialmente de la obra esforzada de Toribio Medina, ha podido escribir un libro de historia en el más amplio sentido de la palabra. En sus páginas, los conquistadores se presentan y se mueven como fueron. Asistimos a sus triunfos y a sus derrotas; vemos sus heroísmos y sus cobardías; palpamos sus generosidades y sus egoísmos; pero, por sobre todo, notamos que los anima el espíritu de su época. Quien lea la obra de Kirkpatrick no podrá asombrarse con las crueldades de unos ni con las magníficas actitudes de otros: simplemente, los comprenderá mejor.

La Empresa editora Zig-Zag, al publicar este libro ha contribuido positivamente a la obra cultural hispano-americana.

R.

“LOS CONSTRUCTORES DE LA EUROPA ACTUAL”, por el Conde Sforza. — Ediciones Ercilla. 424 págs. 1937.

El nombre del autor, que evoca los tiempos en que Leonardo da Vinci preparaba su Colosso; el título prometedor, que hace presentir un balance nutrido de nuestros días; y hasta la portada, llena de caras que nos son familiares y que admiramos con cariño o con rabia; todo parece aunarse para emprender la lectura de

esta obra con la sensación de quien va a gustar un buen plato. Hay que confesar, sin embargo, que la desilusión es grande. El autor, a pesar de una introducción explicativa, demuestra una tendencia notoria y antipática a subrayar su "yo". Aparece en los capítulos sin que nadie lo necesite, aunque sea para señalar que en alguna ocasión fué presentado al personaje de quien habla.

Fuera de esto, que no significaría más que una cierta particularidad personal, se advierte que el Conde Sforza no está en situación de apreciar ni a la Europa actual ni tampoco a sus constructores. La razón es obvia: pertenece al grupo de los que sepultaron la Europa de ayer. Además, como italiano — y no puede negarse que Italia es un buen trozo de la Europa actual — Sforza es antifascista y se encuentra en desgracia frente al gobierno de Mussolini. Estas circunstancias lo colocan en la posición menos favorable para juzgar los hechos y las personas que constituyen la médula de lo histórico de la época que vivimos.

"Los Constructores de la Europa Actual" es un libro ameno, escrito con alguna vivacidad, que interesa a quien lo lee porque el tema es interesante de suyo; pero dista considerablemente de representar un juicio objetivo sobre Europa y sus dirigentes.

No podemos tampoco dejar pasar sin comentario el espíritu con que enfoca el autor la actuación de la Iglesia en los grandes problemas que han conmovido al siglo. Un diplomático de la talla que el Conde Sforza afirma haber sido, no puede haberse detenido en la superficie de los hechos. Sin embargo, cree cándidamente que la Iglesia está en el rojo de los Cardenales, en los hermosos coros de los servicios religiosos de la Corte austriaca y en la ambición de algunos sacerdotes; cree también que alrededor de la Sede Romana los intereses y las pasiones se mueven en la misma forma que alrededor de un trono o de un ministerio... El Conde olvidó un aspecto: el Espíritu Santo...

R.

"EL RENACIMIENTO", por Franz Funck-Brentano. — Edición "Zig-Zag". Santiago de Chile, 1937; 306 págs..

Una obra que se lee con particular agrado, en que el autor, distinguido miembro del Instituto de Francia, ha sabido fundir con maestría y amenidad poco comunes los rasgos más salientes de la época renacentista.

Colón, Copérnico, Cosme y Lorenzo de Médicis, Alejandro VI y Julio II, Savonarola y Lutero, desfilan por las páginas de esta obra para exhibirnos la grandeza y la miseria de los hombres del Renacimiento.

El autor analiza con particular talento el humanismo y hace notar que los iniciadores del mismo, como Petrarca y Erasmo, eran hombres profunda y sinceramente cristianos, a quienes el retorno a las formas clásicas no trajo consigo un debilitamiento en la fe. Con todo, es indudable que esa admiración incontenida por la antigüedad pagana, que coincidía con una acentuada afirmación del yo y una audaz emancipación del hombre de las formas trascendentes, debía contribuir a la postre a favorecer el ambiente de disolución moral en que actuó el Renacimiento y que no respetó ni el trono de San Pedro.

Esta corrupción del elemento humano de la Iglesia debía te-

ner, sin embargo, consecuencias muy diferentes en Alemania y en Italia. En países como éste último, en que el catolicismo había penetrado hondamente en la conciencia del pueblo, escrito con la sangre de centenares de mártires, las debilidades de la jerarquía, si bien motivaron en muchos casos acentuadas protestas, no llegaron a herir el fondo mismo de la fe, que se mantuvo invariable. "No ocurrió lo mismo — anota Funck-Brentano — en los países y provincias en que el Catolicismo había sido introducido por la fuerza de las armas. La Sajonia formó el corazón del protestantismo. Carlomagno había conducido a los sajones al Catolicismo con grandes golpes de espada en el vientre y de maza en la cabeza, procedimiento que se reveló eficaz, pero la asimilación religiosa permaneció superficial. Con el tiempo los espíritus se penetraron más de las abstracciones del espíritu religioso que de sus tradiciones concretas y vivas. Los abusos que se produjeron en provecho de los príncipes de la Iglesia hicieron estallar, llegado el momento, la indignación y la cólera". En suma, mientras en Italia se mantendría la unidad de la fe, en Alemania reventaría con violencia el cisma al amparo de los príncipes que deseaban adueñarse de los bienes eclesiásticos.

Acaso demasiado duro en su juicio sobre Cristóbal Colón y quizás influenciado todavía en algunos puntos relativos al Pontificado por las opiniones de Ranke y Burckhardt, ya desmentidas por el monumental estudio de Pastor, el libro de Funck-Brentano es, sin embargo, desapasionado y objetivo. Su lectura, completada y rectificada en diversos capítulos por la de las ya citada obra de Pastor, da una impresión bastante cabal del período del Renacimiento.

Ojalá la Editorial "Zig-Zag" prosiga en su laudable propósito de divulgación histórica, dándonos también en nuestra lengua las otras dos interesantes obras de Funck-Brentano: "Le Moyen Age" y "L'Ancien Regime" que constituyen un digno antecedente y complemento del libro que hemos comentado.

J.

"BOLIVARISMO Y MONROISMO". Temas Ibero-americanos, por José Vasconcelos. 3.^a edición. Editorial "Ercilla", 1937.

La Editorial "Ercilla" ha lanzado por tercera vez a la circulación esta admirable obra de José Vasconcelos, cuyo éxito de librería ha sido en todo el continente por demás ruidoso.

La obra de Vasconcelos puede colocarse al lado de la de Maeztu: "Defensa de la Hispanidad", en cuanto acertada interpretación del proceso auto-destructivo de un pueblo. México se apartó de la fuente madre. Se alejó del Catolicismo que le había traído la civilización, y de España, que le había aportado su sangre generosa. El coloso norte-americano debía hacer fácil presa de la infortunada república, desprovista de toda orientación definida.

La lectura del libro de Vasconcelos es particularmente provechosa para los hispano-americanos y de una actualidad permanente.

J.

Interesa a los asegurados de la Ley 4054

El Consejo de la Caja de Seguro acordó dar de plazo hasta el 1.º de Julio de 1937, para que los asegurados que lo deseen puedan rectificar la edad en que quieren constituir su **PENSION DE VEJEZ**, a fin de darles oportunidad para que lo hagan por el mayor número de años posible.

Además, los Asegurados pueden escoger o cambiar, si ya lo han elegido, antes de esa misma fecha, el sistema de **IMPOSICIONES CEDI-DAS** a la Institución o **RESERVA-DAS** a la familia.

PIDA TODA CLASE DE INFORMACIONES EN LAS

OFICINAS DEL SEGURO

Medias

Calcetines

Corbatas

Pañuelos

**A PRECIOS CONVENIENTES, EN
LA REINA DE LAS MEDIAS**

AHUMADA 360 — SANTIAGO

Casilla 2081 - Teléf. 88573

PIDA UD. LISTA DE PRECIOS.

SE MANDA CONTRA REEMBOLSO

Librería "Claret"

DIEZ DE JULIO 1140

SANTIAGO
(Chile)

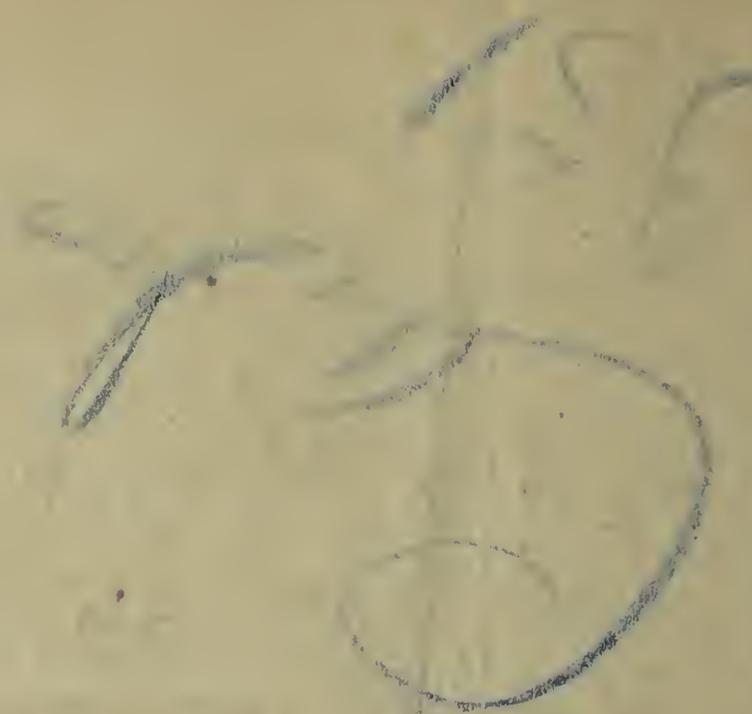


COMO
FUNCIONA
ESTA
LIBRERIA



La singular constitución y especial funcionamiento de la LIBRERIA "CLARET", permite servir a los clientes con el máximo de ventajas para éstos, porque no es una empresa comercial que actúa REGULADA POR EL REPARTO DE DIVIDENDOS, ni impulsa su marcha el ESPIRITU MERCANTIL BASADO EN EL NEGOCIO. Como todo el establecimiento de Imprenta, Estampería religiosa, Encuadernación, etc., es OBRA DE PROPAGANDA del orden y doctrina sana y de verdadero apostolado popular. En la misma Librería funciona una sección de suscripciones a todas las revistas que se imprimen en los Talleres.

Lujosas Libretas de Boísillo, para apuntes, en Pirograbado: \$ 5.



TALLERES "CLARET"

Diez de Julio 1140. Santiago.

Precio \$ 2

